LAS DICHOSAS FALDAS

Sainete en tres actos (el segundo dividido en dos cuadros), estrenado en el teatro Fontalba, de Madrid, el día 25 de enero de 1933

A SERAFIN Y JOAQUIN
ALVAREZ QUINTERO,

gloriosos autores, compañeros leales, amigos de siempre, con un abrazo lleno de admiración y de afecto,

CARLOS ARNICHES.

Madrid, febrero de 1933

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MANOLA	Sra. Díaz (C.).
SEÑÁ SALVADORA	— Satorres.
TÍA FERMINA	— Muñoz Sampedro (M.).
LUISA	Srta. Larrea (M.).
JENITA	Sra. Quijada.
TERE	Srta. Blanch.
SOLE	— Soto.
UNA VECINA	— Montilla.
VISI (diez años)	Fernández (Matildita).
PACO	Sr. Bardem.
SEÑOR LUCIO	— Simo-Raso.
EL PALITOS	— Canales.
SILVERIO	— Pozanco.
LEONCIO	— Soler.
QUIQUE (once años)	Fernández (Robertito).
GUARDA 1.°	Sr. Barrajon.
IDEM 2.°	— G. Ortega.
IDEM 3.°	— Cortes.
IDEM 4.°	Díaz (M.).

Muchachas y muchachos.

La acción, en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Habitación, entre comedor y gabinete, de una casa humilde. Al foro, a la derecha, ventana grande, practicable, que da a la calle, y por la que se ve la azotea con barandilla de la casa frontera. A la parte izquierda del foro, y en una prolongación de la habitación hacia el fondo, una cocina modesta, con los enseres propios, muy usados, pero limpios. En el lateral derecha, puerta de entrada al piso, con mirilla y timbre; y en la izquierda, dos puertas que conducen a habitaciones interiores. En el centro de la habitación, una mesa de comedor. Al fondo, entre la ventana y la cocina, un aparadorcito. En primer término derecha, sofá y sillas; alguna silla también alrededor de la mesa y algún otro mueble adecuado en sitio conveniente. Un aparato de luz, muy modesto, en el centro del techo. Es de día.

ESCENA PRIMERA

VISI; luego, QUIQUE. VISI, una niña rabisalsera de diez años, humildemente vestida, plancha en la mesa del comedor, donde tiene puesta una manta vieja y una sabanilla con huellas quemantes. Saca una plancha de la cocina. En el mismo momento se oyen voces de pelea en la parte izquierda de la casa, que corresponde a la puerta primera, que estará cerrada.

VISI.—*(Dejando de planchar, se acerca y escucha.)* ¡Virgen de la Paloma!... ¡Ya están enzarzaos otra vez! En cuanto ha venío mi padre del taller ha empezao la garata. Y a mí no m'ha chocao, porque como es sábado, yo he dicho, dije, digo: «Pos eso es que trae el jornal mellao.» ¡Y no debe ser

eso, porque han dao unas voces...! *(Se oyen golpes y voces.)* ¡Atiza!... ¡Ya vuelven!... ¡Y luego quien que planche una como es debido! Yo, con este sobresalto, es que no puedo. Le he perdío el temple a las planchas, y todas las prendas las tosto..., ¡como puede verse!... *(Voces de nuevo.)* ¡Otra vez!... *(Va a escuchar a la puerta.)*

QUIQUE.—*(Niño de once años, vestido con pobreza. Trae un paquete en la mano. Abre la puerta del piso, que estará entornada, y entra. Al oír las voces, en voz baja.)* ¿Qué pasa?

VISI.—Padre y madre.

QUIQUE.—¿Bronquitis?

VISI.—Pero que p'hacer cama. Te digo que estoy que no sé lo que me plancho.

QUIQUE.—Oye: pos ten cuidao, que hace dos semanas que llevo las camisolas a la escuela que ya m'ha preguntao el maestro si es que está de moda llevar los puños tostaos y acaramelaos.

VISI.—*(Indignada.)* Pos dile al maestro que te convide al planchao alemán. ¡Mia éste!...

QUIQUE.—No; pero es que hay que ver cómo me dejas el faldón, y a uno le da vergüenza. *(Señalando al que plancha.)* Porque llevas esto, y, ¡vamos..., cualquiera que te vea...!

VISI.—Bueno, bueno... ¿Traes el café?

QUIQUE.—Cuarto kilo moca. *(Se le caen unos granos.)*

VISI.—¡Ten cuidao, que te se cae!

QUIQUE.—Es que el paquete me s'abierto...

VISI.—¿Y los diez céntimos que sobraban?

QUIQUE.—Me s'han perdido.

VISI.—¡Amos, qué fresco! Luego dicen que si madre regaña a padre... Es que hay que ver lo sinvergüenzas que sois los hombres...

QUIQUE.—Pero ¡si es de veras que me s'han perdido!

VISI.—¡En el bolsillo del caramelero, que te conozco!

QUIQUE.—¡Que te juro que no! ¡Por éstas!

VISI.—Sí; jura, jura..., ¡que ya verás cómo se lo digo a madre! *(Pausa.)*

QUIQUE.—¿Quies uno de menta y te callas?

VISI.—Si, si... ¡Y una ahorrando, pa que luego venga este golfo...! *(Se escuchan más voces.)* ¡Calla..., que ya vuelven a regañar!

QUIQUE.—¡Y paece que van a salir!

VISI.—Mira: vámonos. Plancharé en la cocina. *(Coge la manta y la sabanilla y se las lleva a la cocina.)*

QUIQUE.—Y yo voy a coger la Arimética, que tengo que estudiar la sustración.

VISI.—¡Pos si la estudias...! ¡Sin saberla, te quedas con too lo que puedes! *(Arrecian las voces.)* ¡Conque a ver...: el dia que la sepas...!

QUIQUE.—¡Ay! ¿Oyes?... ¡Ay, que bronca!

VISI.—¿Qué será?

QUIQUE.—¡Vamos, vamos! *(Entran en la cocina y se encierran en ella.)*

ESCENA II

MANOLA, SEÑÁ SALVADORA y PACO.

MANOLA.—*(Desesperada, llorosa, frenética.)* ¡Canalla, sinvergüenza, mal hombre, granuja!... ¡Niégalo..., niégalo!..

PACO.—Pero, Manola, atiende..., que yo te juro...

MANOLA.—¡No; no me convences, no!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Por Dios, callarse!

MANOLA.—Si no puedo, madre; si es que no puedo más... *(Llorando.)* ¡Si no puedo!... ¡Si es que no puedo!...

SEÑÁ SALVADORA.—Bueno; pero al menos chillar en voz baja, que están ahi los chicos.

MANOLA.—Si es que no hay paciencia, no; no hay paciencia que aguante esto.

PACO.—¡Que te digo que esta vez estás ocecada, Manola!

MANOLA.—¿Que estoy ocecada?... *(Mostrándole un papelito.)* ¡Con esta porqueria de cartita perfumá

que te acabo de coger, y que traías escondida en el bolsillo interior del jersey!

PACO.—De un amigo..., que por evitarle un disgusto con su mujer...

MANOLA.—¡Mentira!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Patrañas y líos!

PACO.—Es de un amigo. ¡Lo puedo jurar, sí, señora!

SEÑÁ SALVADORA.—Y si es de un amigo, ¿por qué no la has roto?

PACO.—*(Ingenuamente.)* Porque me s'ha olvidao.

MANOLA.—*(Enfurecida.)* ¿Y este retratito?... *(Lo saca con viveza del bolsillo del delantal y se lo pone ante los ojos.)* ¡Que también te se había olvidao entre un montón de periódicos!... ¡Que lo tenías escondido!... ¡Que lo encontré ayer!...

PACO.—*(Aparte, al mirarlo.)* ¡Mi agüela!

MANOLA.—¿De quién es?... ¡Que ahora va a salir todo!... ¿De quien es? ¡Fíjese usté, madre! *(Se lo da.)* Una tía en malló, con dos piernas como dos costales!

SEÑÁ SALVADORA.—*(Mirando con asco.)* ¡Jesús, qué indecencia!

PACO.—Pues es de una señora.

SEÑÁ SALVADORA.—No le pongas motes.

MANOLA.—Y lea usté la dedicatoria.

SEÑÁ SALVADORA.—*(Leyendo.)* «A Paquete....»

MANOLA.—*(Con desprecio, mirando a su marido.)* ¡Paquete!...

SEÑÁ SALVADORA.—*(Leyendo.)* «Recuerdo de mi primer baño.»

MANOLA.—¡Su primer baño a los cincuenta años! ¡Amos, le parece a usté...¡

SEÑÁ SALVADORA.—Se lo habrá hecho como curiosidad. *(Leyendo.)* «Playa de Madrid, 25 de agosto...»

PACO.—Es del mismo amigo, que te puedo jurar..., me lo dió para que... Sino que yo...

MANOLA.—¡Embustero! *(Se sienta en una silla llorando.)*

PACO.—Sí, señora.

SEÑÁ SALVADORA.—¿Y se llama Paquete, como tú?

PACO.—Yo no tengo la exclusiva de los paquetes.

SEÑÁ SALVADORA.—¡De los paquetes de picardías, ya lo creo!

PACO.—Señora, usté lo que tiene que hacer es no infernar y callarse...

SEÑÁ SALVADORA.—No quiero. ¡Que es mi hija, y la veo tirada por los pies de los caballos!

MANOLA.—¡Y harta de sufrir tanta afrenta y tanta humillación, pa que lo sepas!

SEÑÁ SALVADORA.—¡La culpa la ties tú, por no hacer caso a tu madre y dejarlo más ancho que largo!

PACO.—¡Señora!...

SEÑÁ SALVADORA.—¡Qué señora ni qué narices! ¡Rebajar a una mujer como ésta ante cuatro goltas asquerosas! ..

PACO.—Usté está equivocada, porque yo la respéto y la quiero...

MANOLA. — ¡La quiero!... ¡Calla, so hipócrita!... ¡Que no paras de tomarme el pelo, y una aquí, como una esclava, sacando adelante su casa y sus hijos, pa este pago!...

SEÑÁ SALVADORA.—¡No serás mala tonta, si se lo aguantas!...

MANOLA.—¡No tenga usté cuidao, madre, que ésta es la última que me hace!... ¡Y me voy de tu lao; sí, me voy!... *(Se levanta airada.)*

PACO.—¡Manola!...

MANOLA.—Pero ¡pa siempre! ¡Mialas! ¡No me haces otra, no!...

PACO.—Manola, cálmate; que, aunque me acusen las apariencias, soy inocente. ¡Manola, que te juro de rodillas...!

MANOLA.—¡No quiero que me jures nada!... ¡No quiero más pamplinas!... ¡Porque ya estoy harta..., harta!...

SEÑÁ SALVADORA.—¡No le hagas caso! ¡Vámonos!

ESCENA III

DICHOS y SEÑOR LUCIO, vestido de guarda de la Casa de Campo.

SEÑOR LUCIO.—*(Llama y le abre la Señá Salvadora.)* Pero ¿qué escalzaperros es éste?

SEÑÁ SALVADORA.—¡Ya pues figurártelo!

MANOLA.—Lo de siempre, padre.

PACO.—Sospechas injustas, señor Lucio.

SEÑÁ SALVADORA.—¿Injustas?... ¡Con esta carta que le ha cogido! Léela.

SEÑOR LUCIO.—*(Leyendo.)* «Pacorrongo *(Le mira a Paco.)*, esperame en el bar Tolon, de seis a...» ¡No, Paco; esto, no! ¡Paco, esto, no!

PACO.—Son sospechas infundadas, señor Lucio, porque la carta es de un amigo que...

MANOLA.—¿Infundadas?... ¿Y este retrato?

SEÑÁ SALVADORA.—Mira eso: fíjate en el malló. *(Le da el retrato.)*

SEÑOR LUCIO.—*(Admirado.)* ¡Oye!... ¡Esto, no, Paco; esto, no!... Esto es una abominacion... ¡Esto sí que no!

SEÑÁ SALVADORA.—¿Qué te parece?

SEÑOR LUCIO.—*(Sin dejar de mirarlo.)* ¡Calla, mujer, que me va a parecer!... ¡Esto, no, Paco; esto, no..., esto es indigno!... Porque en esta fotografía se ve una mujer desnuda...; pero ¡hasta en sus mayores detalles!... ¿Y se lo habeis cogido...?

SEÑÁ SALVADORA.—En la cartera.

SEÑOR LUCIO.—¿No tenía otro?

SEÑÁ SALVADORA.—¿Te parece poco?

SEÑOR LUCIO.—¿Que me va a parecer poco, si estoy diciendo que hasta en sus mayores detalles?

SEÑÁ SALVADORA.—¡Y tan mayores!

SEÑOR LUCIO.—¡Que enormidad! No, Paco; no... Esta fotografía..., esta señora... Esto es muy gordo, Paco; muy gordo...

SEÑÁ SALVADORA.—¡Y tan gordo!... Como que pue nadar sin calabazas.

MANOLA.—Pero deje usté, que ésta es la última, porque hoy me marcho de su lao... ¡Estoy resuelta, padre!

SEÑOR LUCIO.—Mujer, gorda es la cosa, pero...

PACO.—¡Amos, a usté le parece eso un motivo serio?

SEÑOR LUCIO.—¡Hombre, serio, no, porque se está riendo; pero, vamos, que esto es muy gordo, Paco... ¡Muy gordo!... ¡Convén conmigo!

PACO.—¡Pero ya sabe ella que la quiero a ella más que a mi vida, y más que a mi alma, y más que al mundo entero!...

MANOLA.—¡Sí, quererme, y me ha refregao por la cara a cincuenta mujeres, en lo que va que estamos casaos!...

PACO.—Manola, no exageres...

MANOLA.—¿Que no exagere?... Y ayer, sin ir más lejos, vió pasar por la escalera un revuelo de faldas negras y echó a correr, creyendo que era la viuda de al lao... ¡Y era el sacristán de San Lorenzo, que bajaba de ajustar un funeral!... ¡Y si no lo coio del brazo, lo pellizca!

SEÑOR LUCIO.—¡Por Dios, Paco, no; eso, no; que eso no es ceguera, eso es estrabismo. ¿Es que no te has enterao todavía de la separación de la Iglesia y el Estao?... Que tú te ciegas hasta con el clero... Y podemos tener un disgusto, que ocupo un cargo del Municipio..., que soy guarda de la Casa de Campo... Mira lo que haces, Paco, ¡que me veo con una jubilación forzosa!

MANOLA.—¡Qué va a mirar él! ¡No mira nada!...

PACO.—¡Todos los hombres tien sus debilidades, señor!

SEÑÁ SALVADORA.—Todos, no, que ahí tienes a tu suegro. ¡Veintiocho años de matrimonio, y ni un disgusto por las faldas!

SEÑOR LUCIO.—¡En buena hora lo diga!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Y tu suegro es tan hombre como cualquiera!...

SEÑOR LUCIO.—¡Hombre!...

SEÑÁ SALVADORA.—¡Ahora, que ha sido un mirlo blanco!

SEÑOR LUCIO.—Lo de blanco, en el buen sentido, y lo de mirlo..., porque en veintiocho años he cantao para ella solita...

PACO.—Bueno, Manola, perdóname, y yo te juro...

MANOLA.—No; bastante te he perdonao, que estoy muy amargá, Paco... Me voy con mis padres, me llevo a mis hijos, y que seas muy feliz... *(El llanto le impide terminar.)*

SEÑÁ SALVADORA.—¡Así escarmentará!

PACO.—¡No, Manola!... ¡Mira lo que haces, porque si sales por esa puerta no vuelves a entrar!

MANOLA.—Ni falta que me hace. Madre, llame usté a los chicos.

PACO.—No, tampoco. Tus hijos no salen de esta casa. *(Desesperado.)*

MANOLA.—¡Ya lo veremos!... *(Llamando.)* Visi... Quique...

SEÑOR LUCIO.—¡Por Dios, raciocinar con calma!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Tiene derecho a llevárselos! ¿Qué ejemplo tendrían aquí?...

PACO.—¡Que los chicos no se van, Manola!... ¡No me hagas hacer una locura!

MANOLA.—*(Sacándola de la cocina.)* ¡Hala, Visi: deja la plancha, hija, que nos vamos!

VISI.—*(Que sale atónita con una plancha en la mano.)* ¿Adónde?

PACO.—*(Cogiéndola y apartándola de su madre con cierta violencia.)* ¡A ningún lao; tú te quedas con tu padre! *(Al quererla coger de la otra mano figura que se quema con la plancha.)* ¡Mi madre!

SEÑÁ SALVADORA.—*(Al ver vuelta a la niña.)* ¡Tú te vienes con tu madre y tu agüela! *(La coge y se quema también.)* ¡Rediez!

SEÑOR LUCIO.—*(Cogiéndola.)* ¡Por Dios, no zarandear a la niña! *(Quemándose.)* ¡Porras!... Pero ¿cómo llevas esa plancha?

VISI.—¡Si es que no me han dao tiempo a enfriarla!

MANOLA.—Y tú, hijo *(A Quique.)*, guárdate el libro y ponte la chaquetita, que nos vamos. *(Se la pone.)*

QUIQUE.—Pero ¿adónde?

MANOLA.—A casa de los agüelos.

PACO.—Tú no te mueves de aquí. *(Le quita la chaquetita.)*

MANOLA.—Tú te vienes con tu madre, que es la que te quiere y la que mirará por tu bien. *(Se la pone.)*

PACO.—Tú te quedas con tu padre, porque a mí me da la gana. *(Se la quita.)*

SEÑOR LUCIO.—¡Por Dios, raciocinar con calma! ¡Que se la vais a deformar!

SEÑÁ SALVADORA.—*(Ha cogido de la segunda izquierda el niño de pecho.)* ¡Hala! ¡Aquí está el peque!

PACO.—*(Poniéndose delante de la puerta.)* ¡De aquí no salen!

MANOLA.—*(Enfurecida.)* ¿Que no salen?... ¡Vamos, hijos! *(Los coge de la mano.)*

PACO.—¡Detente, Manola!

MANOLA.—¡No me detiene nada!

PACO.—*(Mesándose los cabellos y dando puñetazos como loco.)* ¡Mira lo que haces, Manola, que ya estoy ciego!...

SEÑÁ SALVADORA.—¡Pues te compras un perro!

PACO.—¡Mira que ya me habéis exasperao, y ya estoy loco!... *(Sigue en su furia.)* ¡Y ya no sé lo que me hago!... ¡Maldita sea mi vida, que si sales por esa puerta..., abro yo esta ventana *(La abre.)*, y por la vida de mis hijos que me tiro por ella y me cogen a pedazos de la calle!... ¡Sí, me tiro!... *(Toma carrera.)* ¡Soltarme que me tiro!...

VISI.—¡Ay, padre, no!

QUIQUE.—¡No, padre!... *(Se cogen cada uno a una pierna. Lloran.)*

MANOLA.—¡Ay, Paco, no!... ¡No, Paco, por Dios! *(Le sujeta.)*

SEÑOR LUCIO.—¡Por Dios, Paco, que es un quinto!... ¡Raciocina!

PACO.—*(Frenético y tembloroso.)* ¡Soltarme..., soltarme..., que ya estoy loco!... *(Se suelta de todos y vuelve a querer tomar carrera.)*

CHICOS.—¡No, padre, no! *(Le sujetan de nuevo.)*

MANOLA.—¡Paco, por la Virgen Santa, cálmate!

PACO.—¡Dejarme que me estrelle!... ¡Me quiero estrellar!

MANOLA.—¡Que me vas a matar de un disgusto, Paco!...

SEÑOR LUCIO.—¡Paco, cálmate!...

PACO.—*(Convulso y tembloroso.)* ¡No puedo!... *(Lo sientan.)* ¡Agua!... ¡Darme agua!... ¡Que me ahogo!... ¡Ay, que me muero!...

MANOLA.—¡Paco, por Dios!... ¡Traer el jarro!

VISI.—¡Aquí está el vaso!

QUIQUE.—Dásela... *(Echa el agua tembloroso.)*

VISI.—¡Por Dios, que nos mojas! ¡Que el agua es pa dentro del vaso, hombre!

MANOLA.—*(Dándosela.)* ¡Bebe, Paco, y cálmate! ¡Ay, qué temblor tiene!... ¡Ay, que le da un ataque, *(Paco bebe.)*

SEÑÁ SALVADORA.—No hacerle caso. Too eso son pamplinas.

PACO.—*(Echándole el buche de agua, de indignación.)* ¡Vaya usté a paseo!

SEÑOR LUCIO.—¡Oye, trata con respeto a mi mujer!

PACO.—*(Airado.)* ¡No quiero!

SEÑOR LUCIO.—¡Pues tú verás lo que haces! Luego, si te da un golpe, no reclames!

SEÑÁ SALVADORA.—Vámonos, hija. No l'hagas caso y no seas prima.

MANOLA.—Deje usté, madre, ya lo pensaré.

SEÑÁ SALVADORA.—Pero ¿tendrás valor de quedarte?...

MANOLA.—Ya nos calmaremos todos, y haré lo que convenga...

SEÑÁ SALVADORA.—¡Necia, más que necia!... ¡Pues que siga tomándote el pelo! *(Le da el crio.)*

MANOLA.—¡Deje usté; será mi sino! *(Lleva el crio adentro.)*

SEÑÁ SALVADORA.—Vámonos, Lucio. ¡Lo único que no te perdono es que me hayas hecho una hija tonta!...

SEÑOR LUCIO.—¡Pues no sé cómo habrá sido, porque en aquel entonces me estaba ya preparando pa Aduanas!... ¡Pero, amigo!...

SEÑÁ SALVADORA.—¡Anda y que se escuernen!... *(Vase.)*

SEÑOR LUCIO.—Y yo no te digo más que una cosa, Paco... Que esto de hoy es muy gordo..., ¡pero muy gordo! ¡Ya lo creo que pue nadar sin calabazas!... ¡Esto es una enormidad! *(Por mirar el retrato, se va tropezando con los muebles.)* ¿Dónde está la puerta?... ¡Ah, sí!... *(Vase. Quedan todos gimoteando. Pausa.)*

ESCENA IV

MANOLA, PACO, VISI y QUIQUE.

MANOLA.—*(Llorando.)* ¡Bueno, vosotros no llorar, hijos!

VISI.—¡Yo, mientras llore usté, no me callo, madre!

QUIQUE.—¡Yo, que ya me sabía la leción, y me s'ha olvidao del disgusto! *(Pausa.)*

PACO.—Oye, Quique, acompáñame a pedirla perdón.

QUIQUE.—Más vale que vaya usté solo, que está muy enfadá.

PACO.—*(Se acerca a Manola, vacilante y lloroso.)* Manola... *(No le contesta.)* Manola... ¡Perdóname!

MANOLA.—*(Airada.)* ¡Déjame en paz!

PACO.—*(Suplicante.)* Manola...

MANOLA.—¡Ya te has salido con la tuya!... ¡Darme un berrinche de este calibre, y rematarlo después con un susto de muerte, p'acobardarme! Y yo, hecha una pánfila, otra vez aquí..., a sufrir y aguantar toas las afrentas que quieras hacerme!

PACO.—¡No, Manola, que yo te juro...! *(Se lo dice llorando.)*

MANOLA.—¡No llores, so embustero!... ¡Todas las afrentas, sí! ¿Por qué será una buena?...

PACO.—¡No llores tú, Manola!

MANOLA.—¡Me da la gana! ¡Vamos, es que me

arrancaría los pelos, y me sacaría los ojos, y me... *(Se maltrata.)*

VISI.—¡No, madre, por Dios!...

MANOLA.—No, hijos, no asustaros, que es un decir de desesperación. Pero, óyeme, Paco: caen gotas y gotas, y llenan un vaso, y un día cae una que es la que lo vierte. Ten cuidao. ¡Por estos hijos te lo pido!

VISI.—¡No llore usté más, madre!... ¡Amos, que paece mentira, hacerla sufrir de esta manera!...

PACO.—¡Mira, niña, que estás tirando a tu agüela!...

VISI.—¡El que está tirando a mi agüela es usté!

PACO.—¡Hala, a planchar!... Y tú ¡agárrate al librito, niño, y a la cocina los dos!

QUIQUE.—*(A su hermana.)* ¡Amonos, que esto es que quieren hacer las paces! *(Vanse a la cocina y cierran.)*

MANOLA.—¡Pobres hijos!...

PACO.—No tien pa qué meterse.

MANOLA.—Porque me ven sufrir, y me quieren.

PACO.—¡Más te quiero yo, Manola, más que nadie en el mundo!

MANOLA.—¡Mentira!

PACO.—Más. Que tú sabes que te quiero con locura, Manola. Que yo habré hecho unas cuantas gansadas, y habré tenido por ahí cuatro tonterías; pero, óyelo bien, no he querido a ninguna, ¡a ninguna!, más que a ti. Que ese orgullo pues tenerlo. ¿No te alegra eso?

MANOLA.—Ya lo creo. Como que estoy pensando en darte una alegría parecida.

PACO.—¡Caray! Oye, tú, no, eso, no, porque...

MANOLA.—Hacerle cara a too el que me parezca bien; pero quererte a ti más que a ninguno. ¡Ya verás qué gusto!

PACO.—No, Manola; no es lo mismo una mujer que un hombre.

MANOLA.—Ya lo sé. A una mujer se le hacen cincuenta perrerías, y llora y se repudre, y se tie que aguantar; pero se le hace una a un hombre, y la paliza, el tiro, la puñalá, ¡claro!... Ahora que el

aguante de una mujer también se acaba. No lo olvides.

PACO.—Sí que lo olvido; que tú no pues hacer nada malo.

MANOLA.—No te fíes.

PACO.—No me he de fiar, si tú eres una santa, y me perdonas esta pequeña debilidad...

MANOLA.—¡Caray con la debilidá!... ¡Pero si lo tuyo no es debilidá, si es hambre canina! ¡Que no ves un mendrugo que no lo roas!

PACO.—¡No, mujer, una ligera inclinación!...

MANOLA.—¡Sí, pero caa inclinación nos cuesta un porrazo!... ¡Que cuando no ties una, ties dos. Que yo te lo digo de verdá, que quisiera saber qué te gusta de otras mujeres que no tenga yo.

PACO.—¡Vamos, tonta!...

MANOLA.—Pa echarme a buscarlo por ahí, sí..., a ver si...

PACO.—¡No, Manola, si no hay ninguna más guapa, ni más buena, ni más santa que tú!

MANOLA.—No te molestes, que la coba no me hace mella.

PACO.—Naa de coba, nena de mi alma. ¡Esta es la última que te he hecho! ¡Por éstas!... *(Cruza los dedos.)* ¡Fíjate qué cruz! Quinientas pesetas de multa si me la viera el gobernador.

MANOLA.—¡Quita de ahí, chacharramanchero! Ahora, lo que sí pues decir, Paco, es que es la última que te aguanto.

PACO.—¡No hace falta, porque te quiero con locura, Manola!

MANOLA.—¡La que te quiere con locura soy yo, que me haces estas perrerías y te las sufro!... ¡Soy una necia!...

PACO.—¡Manola de mi vida! ¡Te quiero, te adoro, te idolatro!... ¡Dame un beso!

MANOLA.—¡Quita de ahí, ladrón!... *(Cariñosamente.)* ¡Granuja, embustero, canalla!... ¡Si tú me quisieras de verdá!...

PACO.—¡Un beso de perdón!... ¡Anda!...

MANOLA.—¡Sinvergüenza! *(Se besan.)*

ESCENA V

DICHOS; VISI y QUIQUE, abriendo con cuidado la puerta de la cocina.

VISI.—¡Cierra, que están haciendo las paces!

QUIQUE.—Toseré por si acaso.

MANOLA.—*(Que los ve.)* Hijos, venir aquí..., venir... *(Se acercan.)* Paco, besa a los dos; pon la mano sobre ellos, y eso de que me vas a querer a mí sola pa siempre, júralo por la salú de tus hijos!...

PACO.—Sí, Manola, lo ju...

MANOLA.—*(Interrumpiéndole.)* No..., no, no... *(Como arrepentida.)* Déjalo, no lo jures, que hay mucho sarampión.

PACO.—No importa; por too lo que haya que jurar te lo juro. Y a olvidarlo todo; y tal día como que desde hoy, vida nueva y se acabaron los disgustos, y pa que veas mi alegría, ahora mismo te peinas y te arreglas, y después de cenar, te pones tu mantón de Manila y unos claveles, y te llevo a la plaza de toros, a la charlotada, y vamos a ir por esas calles de bracero, tú radiante de garbo y de satisfacción, y yo dando gritos de «¡Viva mi señora!» ¡Naa más!

MANOLA.—*(Contentísima.)* Pero ¿es de veras eso, Paco?

PACO.—¿Que si lo es?... Hala a peinarte. Y sácame a Uzcudum, que yo le daré el biberón, mientras te ondulas.

MANOLA.—Pues sí, Paco... ¡Te lo acepto! ¡Vamos a celebrarlo, pa que no te se olvide la promesa!

PACO.—¡Que se me va a olvidar, cielo!

MANOLA.—Mira, rico *(Al niño.)*, con los diez céntimos que t'han sobrao del café, y estos cuarenta *(Los saca del bolso, que tendrá sobre el aparador.)*, súbete media botella de vino... *(Se mete por la primera izquierda.)*

QUIQUE.—Bueno. *(Aparte, a Visi.)* ¡Oye, qué apuro! ¿Ties diecito?

VISI.—*(Aparte y rápidamete.)* Déjalos a deber, que mañana los siso yo.

MANOLA.—Y tú, niña, ponle sal a las patatas y sofríeme el bacalao!... *(Ha sacado de la primera izquierda al niño de pecho y se lo da a su marido.)* ¡Aquí ties al crío!

PACO.—¡Venga ese pedacito de mi vida! *(Los otros niños se han ido a lo suyo.)*

MANOLA.—Y ahí en la ventana, al fresco, está el biberón preparao. Y mientras, yo me voy a peinar.

PACO.—¡Arza!

MANOLA.—Pero ¿tendremos localidades, tú?

PACO.—Sí, mujer, el taquillero es muy amigo.

MANOLA.—¡Pues pa luego es tarde!... Después te pondrás tú guapo, ¿eh?

PACO.—¡Hombre, yo con poco!... *(Ríe.)*

MANOLA.—¡Presumido!... ¡Charrán!... ¡Ay, sí!... ¡Maldita sea!... ¡No sé cómo no!... Con un poquirritito así más bueno que fueras, es que... *(Vase por la primera izquierda.)*

ESCENA VI

PACO y una VECINA; después, SILVERIO.

PACO.—¡Qué buena y qué guapa es! ¡Y qué canalla y qué sinvergüenza es un servidor!... *(Al chico.)* ¡Oye, no te asustes, niño, que no es a ti! ¡Pero de ésta me corto la coleta, palabra! No tendría perdón de Dios de martirizar a esa santa. Ya no quiero más faldas que las de casa. ¡Por éstas! Voy a coger el biberón. *(Al abrir la ventana ve en la azotea de enfrente a una mujer joven y hermosa, medio desnuda, tomando baños de sol.)* ¡Mi madre!... ¡La vecina nueva!... ¡Y tomando baños de sol!... ¡Qué tía! ¡Dios mío! Pero ¿por qué me pones estas cosas delante?... Hombre..., ¡esto no se hace con un desgraciao, caray!... ¡Hay que ver los..., y las...!

VECINA.—Buenos días, vecino.

PACO.—¡Señora..., o se viste usté, o se muda. ¡Que eso no es pa una azotea!

VECINA.—¿Qué dice usté?

PACO.—¡Que voy a esmerilar los cristales!... ¡Que no quiero disgustos! *(Cierra.)* ¡Qué tia!... *(Abre una rendija.)* ¡Hay que ver los..., y las...!

MANOLA.—*(Dentro.)* ¿Con quién hablas?

PACO.—Solo..., hablo solo. Que estoy en el recitao de la parte hablada del tango ese, «Ni a la ventana te asomes».

MANOLA.—*(Dentro.)* ¡Pero hombre!...

PACO.—¡Ya he cerrao!... ¡Hala, al chupen!... *(Le pone el biberon en la boca al nino. Suena el timbre. Abre.)*

SILVERIO.—¿Se puede? *(En voz baja.)*

PACO.—Ya sí. Pasa, Silverio.

SILVERIO.—¿Se ha conjurao la bronca?

PACO.—Conjurada. *(Cierra la puerta de la primera izquierda.)*

SILVERIO.—Ya hemos estao oyendo a través del tabique...

PACO.—Sí, chico; que estaban aquí mis suegros y hemos tenido una matinée infantil.

SILVERIO.—¿Y ahora, qué haces?

PACO.—Biberoneando a este púgil.

SILVERIO.—¿Te has metido a «nurse»?

PACO.—Hombre, algo ties que hacer pro tranquilidad doméstica.

SILVERIO.—Oye, ¿y por qué ha sido el «machs». por la Trini?

PACO.—No, por la Leo, que es una loca y se le ha ocurrido darme una cita en un billete perfumao... «Maderas de Oriente»... ¡Carcula!...

SILVERIO.—¡Hombre, pa un tallista como tú...

PACO.—Y como la Manola tie más olfato que un perdiguero y me lo dejé oculto en el bolsillo interior del jersey, se lo olió, me abrió la cremallera, procedió a su lectura, le notificó el contenido a su mamá, y entre las dos, después de desinfeztarme el chaleco, me han hecho la biografía.

SILVERIO.—La supongo.

PACO.—Un cerdo ha resultao un misionero apostólico comparao conmigo. Naa más.

SILVERIO.—¡Menudo!...

PACO.—Y luego, como las desgracias son como los boquerones, que vienen en racimo, pa desengrasar, me ha cogío el retrato de la Benita, ¡en malló!...

SILVERIO.—¡Arrea, que vas por hilo!

PACO.—Que lo tenía escondido en un paquete de «Socialistas», y, como sabes lo gruesa que está, y va muy escotada, me ha dicho que no le compre calabazas... Y me sospecho que en cuanto la cojan, la ponen a plan.

SILVERIO.—¡Que se deben haber fijao en la parte tamboril!

PACO.—Eso debe de haber sido, pero por lo pronto, el redoble me lo han dao a mí.

SILVERIO.—La verdá es que ties desgracia con la Manola.

PACO.—Hombre, no; la que tie desgracia es la Manola conmigo. No tergiverseemos.

SILVERIO.—Lo digo porque, como celosa, es una Otela.

PACO.—Que me quiere la pobre.

SILVERIO.—¡Pero ahí ties a la Luisa, que me quiere como tu mujer te pueda querer a ti o más!

PACO.—*(Se le queda mirando.)* ¡Sí, claro! *(Con esfuerzo.)* Pero, vamos...

SILVERIO.—Y yo salgo, entro, vengo tarde, vengo temprano; hablo con ésta, hablo con la otra, y ella, ¡nada!

PACO.—¡Toma!... Porque te pasa por alto..., muchas cosas...

SILVERIO.—¡Ya ves, un día me cogió una carta de la Verónica, citándome, y se murió de risa!

PACO.—¡Caray!

SILVERIO.—No dijo más que esta expresión: «¡Ay, la pobre, qué chasco!» ¿Por qué lo diría?...

PACO.—No sé yo... Eso, allá tú..., porque uno, vamos...

SILVERIO.—Y al verme azarao, añadió: «No te azares, que no me apuro. Que ties una mujer, pase; que vas a acompañarla, pase; que te convida al

«cine», pase... Ahora, que te gastas tú dos pesetas con ella, y te descabello.» *(Riendo.)* ¿Qué te parece?

PACO.—*(Riendo también.)* Hombre, que no me gusta el denominativo..., pero, en fin...

SILVERIO.—Que la he educao a no tener celos.

PACO.—Sí, claro...

SILVERIO.—Bueno, ¿y cómo has quedado con la Manola?

PACO.—Pues nada; que yo, pa contentarla, la he prometío llevarla esta noche a la charlotada, y así sellamos las paces.

SILVERIO.—Bien hecho. Pues oye, mira; pue que se lo diga yo a la Luisa y nos animemos pa acompañaros, que s'alegrará.

PACO.—*(Contrariado.)* No, no se lo digas, que vamos a ir solos, ¿sabes? Porque como es pa desagraviarla, y...

SILVERIO.—Déjate, tonto, siempre iréis más distraídos con la Luisa y conmigo. Que tú ya sabes lo que es la Luisa de alegre y de...

PACO.—Hombre, claro que lo sé, pero, vamos...

SILVERIO.—Naa, que se lo digo. La doy una alegría, le quita la naftalina al mantón, se pone unos claveles, y sacamos a la calle a dos primeros premios de belleza: ¡Miss tuya y miss mía!

PACO.—Bueno, como quieras. Se lo diré a la Manola. Oye, Silverio, y hablando de otra cosa, ¿tú no has tenido nunca celos de tu mujer?

SILVERIO.—¡Ca, hombre! Tengo una confianza ciega. A más, que se lo dije al día siguiente de casarnos. Mira, Luisa, mientras seas buena, yo un cordero. Y se lo he cumplido.

PACO.—Ya lo sé.

SILVERIO.—Ahora, que el día que me engañes con otro hombre, vais al cementerio los dos, en un lapso de hora y media.

PACO.—*(Alarmado.)* ¡Caracoles!

SILVERIO.—Yo parezco un infeliz, ¿sabes?, pero le iban a faltar planas al *A B C* para dar una idea completa del doble asesinato.

PACO.—¡Caray!... *(Se levanta.)* Pues no lo tomas tú poco...

SILVERIO.—Pero ¿qué te pasa?
PACO.—¡Que estoy empapao!
SILVERIO.—¿El niño?
PACO.—¡No sé qué te diga!... *(Suena el timbre de la puerta.)*

ESCENA VII

DICHOS y el PALITOS.

PALITOS.—*(Desde fuera.)* Paco..., abre...
PACO.—*(Abre.)* ¡Hola, Palitos!
PALITOS.—*(A Silverio.)* ¿Tú aquí?
SILVERIO.—A tus gratas...
PALITOS.—¿Molesto?
PACO.—Nunca.
PALITOS.—¿Queréis chufas? *(Las viene comiendo.)*
SILVERIO.—Gracias.
PALITOS.—*(A Silverio.)* ¿Y tú cónyuga?
SILVERIO.—Como las rosas.
PALITOS.—Ofrécela mis afeztuosos. *(A Paco.)* ¿Y tú qué haces, ninchi?
PACO.—Secándome.
PALITOS.—¿Bronca con tu mujer?
PACO.—De las de escaparate.
PALITOS.—Sí, porque tú, cuando la engañas, como azto de contrición te estás dos días de niñero.
SILVERIO.—Es el mea culpa.
PACO.—¡Y tan mea! Voy a ver si lo acuesto, que lo he dejao en «ocau». *(Vase por la segunda izquierda.)*
SILVERIO.—Bueno, extremistas, yo me ausento.
PALITOS.—Deja las señas.
SILVERIO.—¿Pa qué?
PALITOS.—Pa perderlas.
SILVERIO.—Guasón. De aquí a por ahí. *(Vase.)*
PACO.—*(Saliendo.)* ¿Se ha ido?
PALITOS.—¡A Dios sean dadas! Menuda contrariedá m'ha dao de que estuviese.
PACO.—¿Pues...?

PALITOS.—*(Cambiando en una gran inquietud su apariencia tranquila.)* ¡Ay Paco!

PACO.—¿Qué te pasa pa esa cara?...

PALITOS.—¿No hay nadie?

PACO.—*(Alarmado.)* A la vista, no; pero habla bajo. ¿Qué es?

PALITOS.—Me he comprao estas chufas, pa animarme, pero no puedo. Me están sentando como una carga de perdigones.

PACO.—¡Caray! Pero ¿qué es?

PALITOS.—Que las malas noticias debía darlas la Radio na más.

PACO.—¡Bueno, Palitos, revienta, por la memoria de tus mayores!

PALITOS.—No los he conocido.

PACO.—Bueno, del direztor de la Inclusa, que ha hecho las veces. ¿Qué pasa?

PALITOS.—¿A qué no sabes quién está abajo?

PACO.—¿Dónde es abajo?

PALITOS.—En el portal. No te aceroles.

PACO.—¿Quién está?

PALITOS.—¡Agárrate!

PACO.—¿Dónde?

PALITOS.—Donde puedas.

PACO.—¿Quién?

PALITOS.—¡Pues naa menos que la Tere!

PACO.—*(Aterrado, tembloroso.)* ¡Mi santa madre!... ¡Ay Palitos!... ¿Qué dices?

PALITOS.—Acompañada de la Sole.

PACO.—¡Mi agüela!... ¡Qué horror!

PALITOS.—Con la siguiente proposición incidental, que me han hecho a mí pa que te la trasmitiese.

PACO.—¿Y qué es...?

PALITOS.—Que o le entregas la papeleta y el importe del mantón que le has empeñao, en el término municipal de cinco minutos (han sido sus frases), o que sube ella y le pide el mantón y el dinero a tu mujer...

PACO.—¡Recontra!

PALITOS.—Ejecutándole de paso al oído una selección de las charranadas que has cometido con ella.

en el corto espacio de los cinco años que la usufruztúas. ¡Naa más que ese pograma!

PACO.—¡Ay Palitos de mi alma, qué horror! ¡Y esa amenaza en un día como el de hoy, que yo le había jurao a la Manola...!

PALITOS.—¡Y tú pa qué juras nada, si ya no se estila!

PACO.—¡Ay Palitos, por lo que más quieras!... ¡Por el cariño fraternal de primos que nos tenemos..., baja y llévatelas!

PALITOS.—¡Ca, hombre, si se han atao a la escalera, pa no irse, aunque vengan los del asalto!

PACO.—Es que es mi perdición, mi ruina pa siempre, Palitos... Porque tú no sabes...

PALITOS.—¿Qué no sé?...

PACO.—Que precisamente hoy he tenido un disgusto horrible con la Manola.

PALITOS.—¿Por la Feli?

PACO.—No...

PALITOS.—¿Por la Reme?

PACO.—¡No, hombre, no te me eches encima con abreviativos, caray!... ¡Por la Leo! Y luego, cuando a fuerza de fuerzas, y de una imitación de Borrás, que me ha salido primorosa, la he convencido..., yo, pa contentarla a la pobre..., ¡porque tú sabes cómo la quiero!, a pesar de que soy un charrán y un canalla...

PALITOS.—Visto bueno.

PACO.—...pues la he dicho que la voy a llevar a la charlotada, y se está vistiendo, llena de alegría...

PALITOS.—¡Atiza, manco!...

PACO.—¡Carcula, si ahora baja y se encuentra con esas dos hienas!

PALITOS.—No ofendas a las hienas.

PACO.—¡Ay Palitos, que yo no sé lo que me pasa!... ¡Baja, baja y llévatelas!

PALITOS.—Pero ¿cómo, so desgraciao?

PACO.—¡Qué sé yo!... Dalas el cloroformo..., pon una bomba en la portería... ¡Lo que quieras!

PALITOS.—Mira, Paco... Reflexionemos con calma. Pa evitar el choque, yo no veo más que un camino.

PACO.—¿Cuál?

PALITOS.—Que no salgas con la Manola.

PACO.—¡Pero eso es un camino de herradura, porque no se le ocurre ni a un mulo!... Que después de consentirla, con lo ilusionada que está... ¿Cómo la dejo en casa?

PALITOS.—¡Calla!

PACO.—¿Qué?

PALITOS.—Que m'ha asaltao una idea.

PACO.—Venga.

PALITOS.—¿Tendrá el portero gasolina y una mecha?

PACO.—No sé.

PALITOS.—Bueno, pues probaré, y si la tiene y ois el coche de los bomberos, no alarmaros.

PACO.—Oye, pero eso...

PALITOS.—Y en el caso que esto me fallara, si oyes un silbido, fíjate bien, si oyes un silbido, es que no se quieren ir de ninguna forma, y entonces...

PACO.—Entonces, ¿qué?

PALITOS.—Que subiré con algo preparao pa justificar que no puedas sacar a tu mujer de casa.

PACO.—Pero ¿qué vas a decir?

PALITOS.—No lo sé, pero no te apures, que te salvo.

PACO.—Pero no me salves como aquella vez que me dijiste que me evitarías un choque con el marido de la Filo, y estuve dos días sin conocimiento en la Casa de Socorro.

PALITOS.—¡Porque mi recurso era comprarle el bastón, y no me lo quiso vender!... ¡Pero ahora no tengas cuidao!

PACO.—¡Sácame de este trance, Palitos!

PALITOS.—Tengo un truco, que subo, lo vierto, y se queda tu mujer en casa tan contenta, y tú, como las propias rosas.

PACO.—¡Sí, Palitos, sálvame!

PALITOS.—No te apures. Tranquilízate, que estás hecho un trapo, y confía en mí. No lo olvides. Si silbo, es que no quieren irse, y subo con el pretexto.

PACO.—¡Ojalá que no silbes!... ¡Y si silbas, que Dios te ilumine!...

PALITOS.—Quedas como los ángeles. Ya lo verás. *(Abre la puerta para salir.)*

ESCENA VIII

PACO y LUISA, que entra al salir el PALITOS.

LUISA.—No cierres. *(Dentro.)*

PALITOS.—¡La Luisa!... ¡Otro parche poroso! *(Vase.)*

PACO.—¡Pues está el día de agua!

LUISA.—Buenas.

PACO.—*(Contrariado al ver a Luisa, que se queda plantada en medio de la habitación.)* Medianas.

LUISA.—¿Y tu mujer?

PACO.—Ahí, arreglándose.

LUISA.—Ya me ha dicho Silverio lo de la charlotada.

PACO.—Sí...

LUISA.—Y hemos decidido acompañaros.

PACO.—Si no hay otro remedio...

LUISA.—No lo hay. Y oye, al oído.

PACO.—¿Qué pasa?

LUISA.—¿No me habías jurao que habías acabao con la Tere?

PACO.—No me acuerdo. Jura uno tantas cosas al cabo del día...

LUISA.—Pues me lo habías jurao. Y la Tere está abajo. Y tu mujer te lo aguanta; pero yo, no.

PACO.—¡Por Dios, Luisa, no levantes la voz, te lo suplico!

LUISA.—Y como he tenido la desgracia de enamorarme de ti...

PACO.—Mira, rica: no llores, que no me puedo reir... *(Amenazador.)*, y no me agobies, porque...

LUISA.—Que yo bien tranquila estaba en mi casa cuando viniste a soliviantarme...

PACO.—Pero si fuiste tú la que...

LUISA.—¡Mentira! ¡Yo he sido una débil, y naa más!... ¡Que yo no he conocido más hombres que a mi marido y a ti!

PACO.—*(Con rabia, casi al oído.)* ¿Y Pepe el Rana,

y Antonio el Chufas, y Lucio el Mangas, y Julio el Bocas, y Doro el Chucho?...

LUISA.—¡Flirtes!

PACO.—¿Flirtes?... Bueno, lo que quieras; pero hoy tenme compasión, que estoy en un trance muy apurao, y no me lo agraves, Luisa.

LUISA.—Pues baja y echa a la Tere.

PACO.—Pero si no puedo... ¿No ves que si bajo...?

LUISA.—Pues óyelo bien, Paco: como pongas un pretexto y no vayamos a la charlotada, le digo toda la verdad a tu mujer, pero ¡todita!

PACO.—¡No, Luisa, por Dios te lo pido!

LUISA.—A mí, charranadas, no. ¡Se la digo!

PACO.—¡Tenme compasión, Luisa!

LUISA.—¿La tienes tú de alguien? ¡Que estás engañando a dos infelices!

PACO.—*(Airado.)* ¡Calla, Luisa, y no entremezcles, que ella..., es ella..., y tú..., eres tú!... ¡Que la Manola no tiene la culpa de que tú seas una... débil, y yo, un sinvergüenza!

LUISA.—Pues como no vayamos, se lo digo. ¡Ya me conoces!

PACO.—¡Pues si se lo dices..., cojo a tu marido y...

LUISA.—¿Y qué?

PACO.—... y le paso lista!

LUISA.—*(Con voz melosa.)* Manola, ¿dónde estás?

MANOLA.—*(Dentro.)* Pasa, pasa, Luisa, que me estoy vistiendo.

LUISA.—¡O bajas y la echas, o me las pagas!... ¡Mialas! *(Abre y entra por la primera izquierda.)*

ESCENA IX

PACO; luego, MANOLA y LUISA.

PACO.—*(Desesperado.)* ¡Maldita sea!... ¡Y viene a insultarme y a amenazarme en mi propia casa!... ¡Y la tengo que dejar, mano a mano, con mi mu-

jer!... Una santa, alternando con esa perdularia... ¡Y todo, por culpa mía!... ¡Soy un canalla, sí!... ¡Y un sinvergüenza, y un miserable, que no tengo perdón de Dios, no!... ¡Abajo, amenazao, por una gandula; aquí, maltratao por otra, y esa santa, perdonándome y queriéndome encima!... ¡Soy un bandido y un desalmao, que me voy a romper la cara por asqueroso, que me voy a maltratar por granuja!... *(Se golpea.)* ¡So indecente, que no mereces ni la mujer que tienes ni los hijos que Dios te ha dao!... ¿Por qué serás así, ladrón, bandido?... *(Sigue golpeándose. En este momento aparece por la primera izquierda Manola, más guapa que siempre, con claveles a la cabeza y con un mantón de Manila, bien calzada y con el traje nuevo. Sonriente y encantada de la vida. La sigue Luisa.)*

MANOLA.—*(Riendo.)* Pero ¿qué te pasa?... ¿Qué haces?

PACO.—*(Disimulando.)* No, nada; que me estoy sacudiendo la americana... Un poco de polvo, que me...

LUISA.—Pues a ver cómo te la sacudes, que no quede ni rastro, porque mira a la Manola si viene guapa. *(Lo dice con admiración.)*

MANOLA.—¿Qué te parezco?

PACO.—¿Qué me vas a parecer?... ¡La gloria del mundo!

LUISA.—Tienes una mujer...

PACO.—Que no me la merezco, ya lo sé... *(Con fruición exagerada.)*

MANOLA.—*(Riendo.)* ¡Jesús!... ¡Lo dices en un tono...!

PACO.—Pa que se entere la gente.

LUISA.—*(Riendo también.)* ¡Si estamos enteraos de sobra, hombre!

PACO.—¡Por si acaso!

LUISA.—Bueno; pues me voy a aviar yo, y si el tiempo no lo impide y vamos a la charlotada...

MANOLA. — ¡Mujer, no hemos de ir!... Si Dios quiere...

LUISA. — Vais a llevar al lao una vecinita, que ojalá y que no desmerezca!

MANOLA.—¡Tú nunca desmereces, so guapa!...

LUISA.—Pues hasta ahora. *(Vase por la puerta de la escalera.)*

ESCENA X

MANOLA y PACO.

MANOLA.—¡Qué simpática es!

PACO.—¿Quién?

MANOLA.—La Luisa.

PACO.—Mucho; pero mira, Manola: me gustaría más que fuéramos solos.

MANOLA.—¿Y cómo les hacemos ese feo?

PACO.—Ya comprendo; pero si hubiera forma...

MANOLA.—¡Déjalos!... ¡Qué más da!... Bueno, pollo, y ahora que estamos solitos y mano a mano, ¿qué le parece a usté su señora?

PACO.—*(Haciendo de tripas corazón y fingiendo una alegría que no siente.)* ¡La tía más guapa que ha honrao este planeta taconeando su superficie!

MANOLA.—¡Ole mi maridito exagerando!... Y oye, Paco, fíjate: ¿me he desentrenao en llevar el mantón? Tú, que eres périto... *(Anda contoneándose de un lado a otro de la habitación. Cuando va de cara al marido, éste pone cara alegre. Cuando anda de espaldas, Paco pone cara de angustia.)*

PACO.—¡Quia, mujer, si lo llevas con un garbo que vas a azotar con los flecos a todas las envidiosas que te se pongan por delante!

MANOLA.—¡Y mira qué zapatitos!... ¡Y hasta estreno medias!... Conque ¿queda aquí una mijita de gracia p'alegrar a su marido?

PACO.—¡Ahí queda la sal del mundo!... ¡Bendita sea tu vida y tu cuerpo serrano!... ¡Que vales más pesetas que hojas menea el viento!

MANOLA.—*(Que sigue paseándose.)* No me da la gana de parar, pa que sigas piropeándome, ahora que me toca a mí.

PACO.—Y toda tu vida te tocará..., que bendita seas, y ole ahí la gracia... *(Se oye un silbido dado en la calle. Aparte.)* ¡Mi madre! *(Cae derrumbado en una silla.)*

MANOLA.—¿Qué?

PACO.—Que ole ahí la gra... *(Otro silbido.)* Ahí la gra...

MANOLA.—Pero ¿qué tienes?

PACO.—No, nada; que no me deja la emoción y la...

MANOLA.—Pero ¡te has quedao como un papel!... ¿Qué te pasa? *(Otro silbido.)*

PACO.—Que no se van..., que no se van las emociones del día..., y como soy tan nervioso..., pues entre el disgusto de antes, tu perdón, verte tan guapa como estás y la alegría que tengo..., pues tengo una tristeza..., y un agobio..., y un...

MANOLA.—¿Tristeza?

PACO.—Vamos, así, una cosa que me entrecorta y me...

MANOLA.—Yo ya sé lo que te pasa... Que en el fondo de lo atropellao que eres, eres bueno, Paco...

PACO.—No; no es eso.

MANOLA.—Sí; y te apuras de lo que me haces sufrir... Pero no te apures, que yo te lo perdono todo. ¡Todo, so primo!... ¡Porque te quiero más que a mi vida, Paco!...

PACO.—¡No, no me quieras, Manola!...

MANOLA.—¿Por qué no te voy a querer, tontarra, si eres la única ilusión que tengo en el mundo?... ¡No llores tú, que te veo ahí una lagrimita..., y me da una pena!... *(Se la quita con el dedo.)*

PACO.—¡Manola!... *(Afligido.)* Es que estoy... Te ruego que no me tengas lástima.

MANOLA.—¿Por qué?

PACO.—Por si acaso.

MANOLA.—¿Cómo por si acaso?

PACO.—Por si acaso no me la merezco, mujer...

MANOLA.—¡No te la vas a merecer!... ¡Si con ver este apuro que tienes me lo pagas todo!... Porque eso es que aún me quieres un poquirritito, Paco, ¡que aún me quieres!...

PACO.—¡Eso, sí, Manola; eso, sí!... Pero vamos...

ESCENA XI

DICHOS; LUISA y SILVERIO, por la puerta de la derecha: ella, con mantón de Manila y flores; él, con traje nuevo.

SILVERIO.—¡Bueno; paso al vecindario!
MANOLA.—¡Ole ahí lo bueno!... ¡Vaya pareja!
SILVERIO.—Pluralea, joven. ¡Vaya parejas!
LUISA.—Creo que no vais a ir con dos birrias.
SILVERIO.—Ni mucho menos. Y tú, niño, ponte a tono, que te veo muy a la «neglisé».
PACO.—Ya voy. Es que me he entretenido..., ¿sabes?... ¡Porque me he encandilao mirando a ésta!...
MANOLA.—Pues anda, que se nos va a hacer tarde.
PACO.—Me arreglo en un minuto. *(Aparte.)* Y ésas abajo, y ése que no sube... *(Timbrazo en la puerta.)* ¡El! ¿Qué se le habrá ocurrido?
MANOLA.—¿Quién será?... *(Otro timbrazo.)* ¡Caramba!
SILVERIO.—¡Y vaya prisa que trae el visitante!
PALITOS.—*(Desde fuera.)* Abrir...
MANOLA.—Es el Palitos. *(Le abre.)*

ESCENA XII

DICHOS y el PALITOS, fingiendo una congoja.

PALITOS.—¡Ay mi madre! *(Entra.)* Perdonarme la irrupción; pero...
PACO.—¿Qué te pasa?
PALITOS.—¡Si no me abrís, me caigo al suelo!
MANOLA.—¿Pues qué te ocurre?
PALITOS.—¡Vengo que me ahogo!
SILVERIO.—Siéntate. *(Le da una silla.)*
PACO.—Pero ¿qué es, que nos ties asustaos?
PALITOS.—¿Adónde ibais?... Y perdonarme; pero ¡cómo os veo de gala!...

MANOLA.—Pues a la nocturna.

PALITOS.—¡Mi madre!... ¡Qué tragedias tie la vida! *(Emocionado.)*

PACO.—¿Pues...?

PALITOS.—Vosotros, disponiéndoos a un jolgorio alegre, y yo, que vengo desalao con una noticia que es un fin de fiesta... ¡Porque ya no podéis ir a ningún lao!...

PACO.—Pero ¿qué quies decir?

PALITOS.—¡Paco, ten ánimo!

MANOLA.—¡Ay! Pero ¿qué pasa?

PALITOS.—Pues naa: tu tía Fermina, que está acabando.

SILVERIO.—¡Rediez!

PACO.—¿Qué dices, Palitos?

PALITOS.—¡Acabando!... ¡Si no ha esalao el último suspiro, está en el penúltimo!

MANOLA.—Pero ¡si la vi yo anoche tan buena y tan sana, que me convidó a percebes!

PALITOS.—Pues se conoce que le sentaron mal, porque al levantarse esta mañana l'ha dao una cosa repentina, se l'agarrotao un tendón, ha torcío la boca y ha perdío el habla... Dice el médico que es una cosa celebrocardíaca... ¡Da compasión!

PACO.—¡Ay mi pobre tía! Pero ¿tan mal está?

PALITOS.—Cuando yo he entrao no me ha conocido, y la debo veintiséis pesetas, ¡no te digo más!

SILVERIO.—¡No somos nada!

MANOLA.—¡Y tan contenta como estaba anoche, que me acuerdo que compró tres décimos y me ofreció participación en los tres!...

PALITOS.—Pues en cuanto se ha visto sin vista y sin habla, que ya no conocía, me ha llamao la pobre a su cabecera y me ha dicho: «Palitos, vete y dile a mi sobrino que venga, que quiero despedirme de él.»

SILVERIO.—Pero ¿cómo te lo ha dicho, si no habla?

PALITOS.—Me ha señalao el retrato de éste y me ha hecho así... *(Acción de despedirse con la mano.)* ¡Y yo he carculao lo que era!

PACO.—¿Qué hago, Manola?

MANOLA.—¿Qué vas a hacer?... Irte corriendo. ¡Si pa ti ha sío como una madre!

PALITOS.—¡Corre, Paco, que, si no, no llegas a cerrarle los ojos!

MANOLA.—Estoy por ir yo también.

LOS DOS.—¡No!...

PACO.—¡No, que tú te afeztas mucho!

PALITOS.—Además, hay que ir volando.

PACO.—Si acaso, ya te avisaremos, y tomas un «taxi».

MANOLA.—Bueno; pues andar, andar.

PACO.—Espera que coja la gorra... *(Va a cogerla.)*

MANOLA.—¡Pobre tía Fermina!... Una viejecita tan sana, tan simpática... *(Sale Paco poniéndose la americana y la gorra.)*

SILVERIO.—¡Y con unos colorcitos que tenía!... ¡Siempre con sus gafitas!...

MANOLA.—¡Un poco sorda; pero tan atenta!...

PALITOS.—¡No somos nadie!... *(Timbre.)*

MANOLA.—Eso es algún aviso. Que s'ha muerto ya..., lo menos... *(Abre.)*

ESCENA XIII

DICHOS y TÍA FERMINA.

TÍA FERMINA.—*(Aparece en la puerta como ha sido descrita y con mantito raído.)* Mu güenas. *(Voz de sorda. Su presencia produce el espanto consiguiente en cada una de las personas que la ven entrar, por distintas causas naturales.)*

SILVERIO.—¡Recontra!

LUISA.—¡La tía Fermina!

MANOLA.—¡Usté!

PALITOS.—¡La moribunda!...

PACO.—*(Cayendo en una silla.)* ¡Abrete, tierra!

MANOLA.—*(La entra de la mano.)* ¿Usté aquí?... ¡Ella! *(Mirando al Palitos.)*

PALITOS.—Ya la..., ya la veo...

TÍA FERMINA.—¿Qué pasa? ¿Traigo algo roto?

SILVERIO.—Pero ¿está usté buena?

TÍA FERMINA.—Bien. ¿Y usté? *(Le da la mano.)*

MANOLA.—Pero ¿no estaba usté acabando?

TÍA FERMINA.—Acabando ¿de qué?...

SILVERIO.—Pero ¡si iba Paco ahora mismo a cerrarle a usté los ojos!

TÍA FERMINA.—¿A mí?... ¡Caray!... ¿Por qué?...

MANOLA. — ¿No le ha ocurrido a usté nada esta mañana?

TÍA FERMINA.—Que m'han dao una peseta falsa; pero ya la he pasao. Y que al tomar el tranvía, de poco me mato.

PALITOS.—*(Aparte.)* ¡Ojalá!...

TÍA FERMINA.—Y aunque la hora no es muy a propósito, he querío venir, porque como me dijiste anoche que querías jugar conmigo en los tres décimos, te traigo las participaciones... *(Al Palitos.)* Uno es capicúa...

PALITOS.—¡Quite usté d'ahí!

MANOLA.—Entonces, Palitos, ¿por qué nos has dicho que la tía Fermina...?

PALITOS.—No, nada; que, por lo visto, he sido víztima de una broma, porque me habían dicho..., y yo, claro, confieso que me he precipitao...

PACO.—¡Naturalmente! Porque tú no has debido asegurarlo.

PALITOS.—Hombre, ya lo sé; pero, vamos, es que uno...

LUISA.—*(Que hasta este momento ha estado en una actitud expectante y burlona, interviene al fin, airada y violenta.)* ¡No puedo con los embustes!... ¡Basta de farsa!

TODOS.—¿Eh?

LUISA.—No hagas caso, Manola. Too esto son mentiras y pamplinas.

MANOLA.—¿Qué dices?

LUISA.—Que too esto es un truco que te tenían preparao pa que no fueras a los toros.

PACO.—¡Faltas a la verdá!

LUISA.—¡Lo que digo es el Evangelio!

MANOLA.—Dime..., dime...

LUISA.—Que no quieren que salgas de casa. ¿Y sabes por qué?... Pues porque está en la puerta la Tere.

MANOLA.—*(Angustiada.)* ¡Paco!

PACO.—¡Cállate, embustera!

LUISA.—¡Baja y la verás! Esperándole pa que le saque el mantón, que le empeñó pa una juerga que tuvieron en casa de Isidro el Gabarra, hace ocho días.

PACO.—¡Mientes!

LUISA.—¿Que miento?... ¡Que baje y se lo dirán!

SILVERIO.—Y tú, ¿por qué te metes?

LUISA.—Porque si no nos defendemos las mujeres unas a otras, ¿quién nos va a defender?

PACO.—¡Mientes cincuenta veces!

MANOLA.—¡No miente!... Ya lo veo claro... Eso era la tía moribunda... *(Llora.)* ¡Que te esperaban abajo unas golfas!... Y ése era tu temblor y tu miedo...; y yo, perdonándote y llorando por ti... y confiada en tu arrepentimiento... Una burla más..., ¡y qué cruel! Está bien; gracias, Luisa. *(Aparece el niño en la puerta con el vino.)* ¡Hijo, hija! *(Sale la niña de la cocina.)* ¡Vámonos de aquí!

PACO.—¡No, Manola, por Dios, que yo te explicaré...!

MANOLA.—*(Tira el mantón y las flores, se pone un mantoncillo de crespón. Entra en la segunda izquierda por el niño.)* ¿Qué me vas a explicar?... *(Sale con el niño.)* Vámonos... *(Se dirige con sus hijos a la puerta.)*

PACO.—*(Poniéndose delante.)* ¡No, Manola!...

MANOLA.—¡Déjame salir!

PACO.—¡No sales!

MANOLA.—*(Con decisión.)* Si no me dejas, soy yo la que se tira por la ventana. ¡Y lo mío va a ser de veras!

NIÑOS.—¡Madre!

MANOLA.—Vámonos, hijos.

VISI.—Pero ¿adónde?

MANOLA.—A ver si queda algo en el mundo que no sea mentira y dolor pa una pobre mujer, confiada y buena...

PACO.—*(Desesperado.)* ¡No te vayas!

MANOLA.— ¡Tú lo has querido!... ¡Adiós, Paco! *(Salen.)*

ESCENA XIV

DICHOS, menos MANOLA y los NIÑOS.

PACO.—*(Paseando desesperado y frenético y golpeándose como un loco.)* ¡Y se van!... ¡Y me está bien merecido, si, señor!... ¡Por sinvergüenza..., por canalla!... ¡Bien merecido!... *(Se abate, llorando.)* ¡Manola!...

SILVERIO.—¡Por Dios, Paco!

PACO.—*(Frenético.)* ¡Nada de Paco; dejarme!... ¡A la calle todos!

SILVERIO.—Pero oye, Paco...

PACO.— ¡No oigo nada, no quiero oír nada!... ¡Fuera!...

TÍA FERMINA.—*(Al Palitos.)* Pero ¿qué pasa?

PALITOS.—Usté tie la culpa de este disgusto.

TÍA FERMINA.—¿Yo?... ¿Por qué?

PALITOS.—Por no haberse muerto.

TÍA FERMINA.—Jesús!

PACO.—*(Desesperado.)* ¡Manola!... ¡Manola!...

SILVERIO.—Pero, Paco, reflexiona...

PACO.—¡Fuera de aquí todos, he dicho!... ¡No quiero ver a nadie!

PALITOS.—Pero ¿estás loco?

PACO.—¡Más que loco!... ¡Y al que no se vaya le parto la crisma!... *(Los amenaza con una silla.)*

TODOS.—¡Vámonos, vamos!... *(Salen precipitadamente.)*

PACO.—¡Fuera!... ¡Así!... ¡Solo..., solo!... ¡Como me merezco!... *(Se sienta abatido. Sale un perro de la cocina y se marcha por la puerta entreabierta.)* ¡Vete tú también, sí!... ¡Y me deja hasta el perro!... ¡Y ahora, si yo tuviera valor..., si yo fuera un hombre..., cogía esta navaja y me partía el corazón en pedazos!...

TÍA FERMINA.—*(Entrando con las participaciones en la mano.)* ¿Y qué vas a hacer con las participaciones?

PACO.—*(Enfurecido.)* ¡Fuera de aquí!

TÍA FERMINA.—¡Santo Dios!... *(Sale corriendo.)*

PACO.—*(Abatido, llorando.)* ¡Mi mujer!... ¡Mis hijos!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La Casa de Campo. Un altozano con algunas encinas, y hacia la izquierda, en el foro, la fachada y el corralillo de la casa de un guarda. La puerta y la ventana, practicables. Es un día claro y radiante. El paisaje, alegre, espléndido y luminoso. Al fondo, la sierra.

ESCENA PRIMERA

MANOLA aparece cerca de la casa, lavando en una artesa, con su pie correspondiente. La artesa está llena de agua, con ropa en remojo, jabón y una pala. En sitio próximo, de una encina a otra, una cuerda con dos o tres prendas de ropa, tendidas ya.

MANOLA.—*(Lavando. Golpea una prenda con la pala nerviosamente, con insistencia exagerada. El jabón lo da de un modo rápido y violento. Está poseída de una gran excitación nerviosa. Canta o tararea cualquier canción o cuplé, con una cara seria, de profundo disgusto, pero de prisa, con nerviosidad. Deja de cantar al fin, y retuerce, escurriéndola, la prenda que ha lavado.)* ¿Dónde se habrán metido esos demonios de chicos?... *(Deshace el torcido y sacude la prenda para tenderla.)* ¡Maldita sea mi suerte!... ¡Es que los deshago en cuanto los

coja! *(Va hacia el foro, sube a un ribazo y grita:)* ¡Visi!... ¡Quique!... *(Baja.)* ¡Que si quieres! *(Se pone a tender la prenda, que es una camisa de hombre.)* Pero anda, que ya vendréis, y me va a doler la mano una semana... *(Con alfileres de madera trata de prender a la cuerda la camisa, que se le suelta.)* ¡Canastos con la camisita esta, que ya me se ha caído dos veces!... Bueno; ¡es que le tengo un coraje a todo lo que sea de hombre!... ¡No se deja sujetar ni con tres alfileres!... De hombre tenía que ser... *(Por fin la deja tendida. Vuelve a la artesa y se dispone a lavar unos calzoncillos.)* ¡Pues anda, que estos calzoncillos...! *(Empieza a darles con la pala con una fruición loca.)* ¿Dónde s'habrán metido esas fieras?... Destrozándose por ahí. ¡Deja, que ya os cogeré! *(Vuelve a llamar.)* ¡Quique!... ¡Visi!... *(Sigue lavando.)* ¡Sí, sí..., Dios sabe!... ¡Ya vendréis, y las tiras de pellejo se van a poner a céntimo!

ESCENA II

DICHA y SEÑOR LUCIO, que sale de la casa, vestido de guarda, sin bandolera ni sombrero.

SEÑOR LUCIO.—Pero ¿qué te pasa, hija, que das cada grito que se están cayendo los platos del escurridero?

MANOLA.—¡Deje usté que se caigan..., que estoy que echo lumbre!... ¡Que me s'han ido los chicos hace tres horas y no vuelven..., y se estarán destrozando por ahí!... ¡Que ya verá usté cómo traen la ropita!... Pero anda, ¡de que yo los coja...! Porque no estoy yo pa matarme ni por niños ni por nadie...

SEÑOR LUCIO.—*(Que ha tratado inútilmente de intervenir, sin lograrlo.)* Bueno, mujer, cálmate, que estás muy nerviosa.

MANOLA.—¿Yo nerviosa?... Lo dirá usté, que bien serena que estoy. ¿Nerviosa?... Eso quisieran algunos... *(Dando jabón.)* ¡Sí, sí, ja, jay!... Pero no,

señor, que mi tranquilidá es lo primero... *(Golpea desesperadamente los calzoncillos.)*

SEÑOR LUCIO.—*(Que le ha pasado lo mismo que antes.)* No, si ya lo veo que es lo primero; pero, vamos..., oservo cómo me golpeas los calzoncillos, y me aterra la idea de que un día me se olvidara quitármelos.

MANOLA.—¡Que me gusta lavar a conciencia!

SEÑOR LUCIO.—¡Y a estacazos! Con too lo que tú atizas, bien aministrao, era pa dejar a España como una balsa d'aceite.

MANOLA.—A más de que las prendas de hombre me son odiosas, qué quiere usté que le diga.

SEÑOR LUCIO.—Tus motivos tienes...

MANOLA.—Y sobre too cuando son de punto.

SEÑOR LUCIO.—Sí, naturalmente... Hombre..., punto..., claro..., te traen ciertos recuerdos; pero, vamos, modérate unas miajas, que me ha dicho tu madre que la semana pasada le has deshecho dos combinaciones, en el buen sentido; que es que las mujeres les ponéis a las prendas interiores unos nombrecitos de lo más alarmante... Y a mí me has dejao tres camisas con una de agujeros, que me las pongo y paece que llevo una alambrada.

MANOLA.—*(Que ha ido a mirar.)* ¡Nada, que no se los ve!... ¡Tres horitas! ¡Es que estoy deshecha!... ¡La paliza va a ser...! *(Sigue lavando.)*

SEÑOR LUCIO.—Pero, ¡por Dios, hija, no te pongas así! Cosas de criaturas. S'habrán ido a moras.

MANOLA.—¿A moras?... ¡Pues no dice usté nada! ¡Habrá que ver cómo vendrán!... ¡Ay su padre!... Es decir... *(Con desprecio.)* Bueno... ¿A moras?... ¡Dos palomas que los he puesto!

SEÑOR LUCIO.—Mujer, palomas hay de muchos colores.

MANOLA.—¡Ya me figuro el que traerán!... *(Lava desaforadamente.)*

SEÑOR LUCIO.—Oye: modérate, niña, que me estás poniendo de espuma que parezco un «bock».

MANOLA.—¡Es que me están quitando la vida, padre!

SEÑOR LUCIO.—No, mujer; que son chicos, que

están en la Casa de Campo, que tien libertá, espacio, alegría..., y vuelan como pajaritos.

MANOLA.—Pues lo que les pasa no es pa estar alegres.

SEÑOR LUCIO.—Pero ¿qué saben ellos?... ¡Pobres criaturas!... Ya ves: ayer también tardaron, y es que s'habían ido con los chicos de Pepe el de la Reala y de otros guardas detrás de un conejo... ¡El último que queda!... Y, claro, les llamó la atención. Ya les hemos dicho que no lo maten. Lo respetamos por si viene algún extranjero, que no diga. ¡Remigia, la del guarda mayor, le quería poner al cuello un lazo azul!

ESCENA III

DICHOS; VISI y QUIQUE, apareciendo por el foro.

NIÑOS.—*(Dentro, gritando.)* ¡Agüelo!... ¡Agüelo!

SEÑOR LUCIO.—Mira: ahí los tienes... Descansa.

MANOLA.—*(Furiosa.)* ¡Pues ahora verá usté esos demonios!

SEÑOR LUCIO.—*(Deteniéndola.)* ¡Chis!... Calma. Tú, a lavar y tranquilidá. Porque si se han ido a moras, como me figuro..., eso de las dos palomas... deséchalo. En fin: voy a ver. *(Vase por el foro.)*

MANOLA.—Sí, ande usté, que más vale que yo no los vea, porque no sé si podré contenerme...

SEÑOR LUCIO.—*(Que trae de la mano a los chicos, que se esconden tras él.)* Pa un palomar, no vienen... ¡Repara!... *(Los pone de manifiesto, y, efectivamente, los chicos vienen con los labios, la cara y las manos teñidos de morado y manchas en los delantales claros de igual clase. Los delantales ademas los traen rotos, y el niño, los pantaloncitos destrozados.)*

MANOLA.—¡Ay mi madre! ¡Virgen bendita! Pero ¿son ellos?

SEÑOR LUCIO.—Yo los he conocío por la voz.

MANOLA.—Pero ¡si aún dudo!

SEÑOR LUCIO.—Como que si estuviésemos en Carnaval los dejaban entrar en el Prao. *(Por el niño.)* Este es un primer premio de máscaras a pie... Y ésta es una paleta, pero una paleta de pintor... ¡Aquí ties de todo!...

MANOLA.—*(Al niño.)* ¡Y madre, hecha una azacana pa esto!, ¿verdad? *(Furiosa.)* ¡Pues no, no y no!... ¡Que hay que fijarse cómo viene ese demonio de destrozao!... ¡Vamos, la paliza va a ser...! *(Va a acometerle.)*

QUIQUE.—*(Huyendo.)* ¡No, madre, por Dios!...

MANOLA.—¡Ven aquí, granuja, golfo, que no te me escapas, no! *(Le sigue, corriendo tras él. Desaparece por detrás de la casa.)*

SEÑOR LUCIO.—Bueno, niña..., o lo que seas, que paece que llevo el arco iris de la mano. Ven, que te quiero sustraer a las iras maternas; pero agárrate al asperón y haz prodigios *(Se mete en la casa con ella.)*, porque si no, estos moraos te se van a pasar a la piel.

MANOLA.—*(Saca a Quique cogido de una oreja.)* ¡Ven aquí, desastrao, granuja!...

QUIQUE.—¡Por Dios, madre, no me pegue usté!... ¡Que han sio unos chicos!... ¡Que me he caído!... ¡Yo no era!

MANOLA.—¡Yo matándome p'asearos, y venirme así!... ¡Te voy a...! *(Le amenaza.)*

QUIQUE.—¡Ay madre, por Dios!...

MANOLA.—Te voy a azotar y te... *(Le sigue amenazando.)*

QUIQUE.—¡Perdón, madre!... ¡Que se lo juro a usté!... ¡Esta es la última!...

MANOLA.—*(Deshaciendo su furia en lágrimas, se sienta y atrae al niño, que cae de rodillas a sus pies.)* ¡Calla!... ¡Calla!... ¡Ladrón, granuja!... ¡Que parece que estoy oyendo a tu padre: «¡No lo haré más!... «¡Lo juro!... «¡La última!...» Lo mismo que tu padre!... ¡Y too pa engañarme y pa...! ¿Por qué habrás salido a él?...

QUIQUE.—Yo no lo sé.

MANOLA.—Yo, sí. ¡Sinvergüenza!... *(Le abraza y*

le acaricia, dándole algunos cachetitos, y llora.) Siempre desarmándola a una por el cariño... ¡So golfos!

QUIQUE.—¡No llore usté, madre!

MANOLA.—¡Es que si no lloro, me muero; que ya no podía más!

QUIQUE.—Pues pégueme usté pa que se le pase.

MANOLA.—No quiero.

QUIQUE.—Pégueme usté, pero no llore.

MANOLA.—¡Lo mismito que él de zalamero y de...! ¡No sé cómo no te...! ¡No, no salgas a tu padre, hijo mío!

QUIQUE.—Pero ¿por qué?

MANOLA.—Ya ves: quince días sin venir a verme... ¡ni a veros! Y a mí, sería lo de menos; pero a vosotros... Ahora que déjalo, que ya tendrá su pago.

QUIQUE.—Y ¿por qué no vamos nosotros a verle a él, madre?...

MANOLA.—Porque cuanto más se quiere, más vergüenza hay que tener, hijo.

QUIQUE.—Pues es una lástima.

MANOLA.—Ya lo sé; pero ¡qué vas a hacerle! *(Sigue llorando.)*

ESCENA IV

DICHOS; LUCIO y VISI, que sale de la casa con un delantalito limpio y la cara regularcita.

SEÑOR LUCIO.—¡Bueno, Manola; basta de lágrimas y de nerviosidades, ¡caray!, que es que te vas a matar!

MANOLA.—Poco se perdía, padre.

SEÑOR LUCIO.—Bueno, bueno... Mira ésta, ya la he lavao, y, vaya, hay que darle otro ojito, porque no me he atrevido a echarla en la lejía; pero no ha quedao mal del todo...

MANOLA.—¡Menudos diablos!

SEÑOR LUCIO.—Bueno, niños; y ahora, pa que madre tenga una compensación en el disgusto, quiero

que vea lo adelantaos que os tengo en istrución pública.

MANOLA.—Pero ¿es que son aplicaos?

SEÑOR LUCIO.—Mujer, no es que pongan en ridículo a Séneca ni a ningún inteleztual grecorromano de la antigüedad; pero, vamos, pa estar istruídos por mí, que tampoco me tuteo con don Ramón Cajal, pasan.

MANOLA.—A ver, hombre, si siquiera tengo una alegría.

SEÑOR LUCIO.—Oído, que quiero que le déis un buen ratito a mamá. Os voy a hacer cuatro preguntitas al «librítum». *(A Manola.)* ¿Qué quieres? ¿Gramática, Arimética, Jografía o Jometría?

MANOLA.—Lo que a usté le parezca.

SEÑOR LUCIO.—Bueno, niña, con cuidadito. Vamos a ver. ¿En cuántas partes se divide la Gramática?

QUIQUE.—Oiga usté, agüelo, que eso de se divide, ¿no es de Arimética?

SEÑOR LUCIO.—Mira, niño: cállate y no nos pringues el examen. ¿En cuántas partes se divide la Gramática? *(Le enseña los cuatro dedos.)* La ayudo, porque la pedagogía moderna necesita un poco de mímica. ¿En cuántas? *(Con el pulgar se golpea los cuatro dedos.)*

VISI.—¿Vale el meñique?

SEÑOR LUCIO.—Vale.

VISI.—En cuatro!

SEÑOR LUCIO.—¡Ahí la tienes!... Es una Vitorita Kent. Sigue.

VISI.—La Gramática castellana se divide en cuatro partes, que son, a saber...

SEÑOR LUCIO.—Anda, dilas...

VISI.—Que son, a saber...

SEÑOR LUCIO.—Pero ¡dilas, tonta!

VISI.—Que son, a saber...

MANOLA.—A no saber, por lo visto.

SEÑOR LUCIO.—Pero ¡si las dice de corrido, verás..., sino que es tonta!... ¡Orto...

VISI.—...grafía.

SEÑOR LUCIO.—Ana...

VISI.—...logía.

SEÑOR LUCIO.—Proso...

VISI.—...dia.

SEÑOR LUCIO.—Y la última, vamos a ver si la dices tú solita. Fíjate... *(Le hace con las dos manos señas de andar.)*

VISI.—La última..., pues la última es...

SEÑOR LUCIO.—Sí, chica; eso que te dije que no tienes más remedio que ir andando.

VISI.—¡Ah, sintaxis!

SEÑOR LUCIO.—¡Ole!... Ahí la tienes. Y eso, a los nueve años.

MANOLA.—Es usté el demonio, padre.

SEÑOR LUCIO.—Pues ahora verás en Matemáticas. Vamos a ver, niño: si tienes cinco cacahués pa tu hermana y pa ti y os los repartís, ¿qué le tocará a tu hermana?

QUIQUE.—Las cáscaras.

SEÑOR LUCIO.—¿Ves?... Y eso que es un problema de regla de compañía.

MANOLA.—Pero de muy mala compañía, por lo visto.

SEÑOR LUCIO.—Pues verás en Historia. *(Al chico.)* ¿Cuál ha sido la reina más célebre de España?

QUIQUE.—Doña Isabel la..., la... *(El Señor Lucio se da golpes de pecho y se persigna.)*, ¡la Católica!

SEÑOR LUCIO.—Un poquito ayudao, pero estupendo. ¿Cómo se llamó su hija?

QUIQUE.—Doña..., doña...

SEÑOR LUCIO.—Doña Juana... *(Hace gestos raros.)*

QUIQUE.—... la Loca...

SEÑOR LUCIO.—¿Y el marido de la citada doña Juana?

QUIQUE.—Don..., don...

SEÑOR LUCIO.—Don Felipe el..., el... *(Se pasa la mano por la cara, poniéndose sonriente.)*

QUIQUE.—... el Guapo.

SEÑOR LUCIO.—¡El Hermoso, hombre! *(Le empuja hacia su madre.)*

QUIQUE.—¡Qué más da!

SEÑOR LUCIO.—Conque ¿qué te parecen de listos?

MANOLA.—Que se ve que los está usté enseñando.

SEÑOR LUCIO.—Pues no te burles, que yo, de chico, tuve un maestro que fué un gran pedagogo; hasta el castigo que nos imponía era provechoso, porque cuando no nos sabíamos la lección, en vez de palmetazos pa castigarnos, nos daba una cucharada de aceite de hígado de bacalao.

MANOLA.—¡Habría que ver a los burros de la clase!

SEÑOR LUCIO.—¡Yo salí así de gordo!... Es lo que él decía: «O listos, o nutridos.»

MANOLA.—Bueno. ¡Hala, niña, a asear a tu hermano..., y yo le lavaré este delantalito, que hay que ver cómo está!... ¡Ven que te mude! ¡So sucio! *(Entran en la casa la madre y los hijos.)*

ESCENA V

SEÑOR LUCIO, SOLO.

SEÑOR LUCIO.—*(Abatido y triste.)* Bueno; estoy tratando de distraer a mi hija del drama que la carcome... Y nadie ha notao que yo tengo una tragedia en mi interior que me corroe y me va a quitar la vida. ¡Sí!... ¡Y too fué desde el día que me dieron este retratito! *(Lo saca.)* ¡Llevo una temporada...! ¡Qué lucha la mía!... Porque yo..., ¡yo he sido siempre un marido fiel! Pero de los feten... En veintiocho años de matrimonio, el cocidito de casa y naa más... ¡Ni un simple aperitivo! Puedo jurarlo! Pero ¡desde que cayo en mi poder esta fascinación fotográfica, que me paso la vida carculando dimensiones y trazando en el aire cada curva, que paece que le estoy dando la vuelta con el índice a la plaza d'Oriente!... *(Llorando casi.)* ¡Y lo peor es que lo he llevao pa que me hagan una ampliación!... Porque sueño, con ella, sí... Sueño con ella, y no hago más que preguntarme: «¿Dónde vivirá? ¿Dónde estará emplazao este monumento?» ¡Y lo

ajo, lo ajo de tanto mirarlo!... ¡Lo ajo!... *(Notando que salen, se lo guarda.)* ¡Silencio, disimulo! ¡Lucio, llora pa dentro!... ¡Pa dentro!...

ESCENA VI

DICHO y MANOLA; luego, los GUARDAS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º

MANOLA.—¿Adonde va usted, padre?

SEÑOR LUCIO.—¡Pa dentro!... ¡Voy a ponerme la bandolera y dar una vuelta por mi cuartel!... *(Vase a la casa.)*

MANOLA.—¿Qué le pasará? ¡Parece que va afeztao!... ¡Lavaré este delantalito tambien, que ya me queda poco!... ¡Ay Dios, que trabajo de crios!... ¡Una, aquí azacanada, y el padre...! ¡Bueno; estoy que me se comen los nervios!... ¡Quince dias sin saber de mi ni de sus hijos!... Pero ¿qué pensara ese hombre! Claro; como estoy sola en este rincon del mundo, pensará que pa mí no hay peligro, y ¡no sabe el que pa una mujer abandonada, el peligro...!

GUARDA 1.º—*(Apareciendo por el foro derecha.)* ¡Felices y escultóricos!

MANOLA.—*(Aparte.)* ¡Atiza! *(Alto.)* ¡Hola, señor Santos!

GUARDA 1.º—¡Bueno, Manolita, bueno!... ¡Tú eres una mujer, y no la porquería que tiene uno en casa!

MANOLA.—Pues ella dice que uste la hace «pandán».

GUARDA 1.º—La hago «pandán» porque no la puedo hacer migas, que si no...

MANOLA.—Y uste se irá a escape, porque ya veo que va muy de prisa.

GUARDA 1.º—No; me puedo detener un ratito.

MANOLA.—Pues, nada, nada, ande usté, y no llegue tarde.

GUARDA. 1.º—No sirven cuchufletas, Manola. He dedicao este rato a ver monumentos, y los veo.

MANOLA.—¡Caray con el turista!... ¡Y no puede con las piernas!

GUARDA 1.º—Con las mías, quizá que no; pero, vamos, con unas bien torneadas, no se qué te diga... Con tu permiso, voy a coger una silla. *(Entra en la casa.)*

MANOLA.—¡Jesús con el tío pelma!

GUARDA 2.º—*(Sale por el primer término derecha.)* ¡Sola!... ¡Vaya barbarida de mujer!... ¡Qué animalada de hermosura!... ¡Dimas: o ahora, o nunca!... *(Se acerca, receloso.)* ¡Manolita!...

MANOLA.—¡Dimas!... *(Aparte.)* ¡Otro que tal!

GUARDA 2.º—¿Que?

MANOLA.—Que que tal.

GUARDA 2.º—Bien; gracias. *(Se acerca con cierto temor y voz misteriosa.)* Manolita...

MANOLA.—¿Qué pasa?

GUARDA 2.º—¿Está usté sola?

MANOLA.—No, señor...; con usté, que es peor.

GUARDA 2.º—¿Querría usté oirme dos palabras?

MANOLA.—Son pocas.

GUARDA 2.º—¿Y cincuenta y siete?

MANOLA.—No me gustan los nones.

GUARDA 2.º—En serio. Oiga usté, Manolita: yo soy persona formal y reservada...

MANOLA.—*(Con guasa.)* ¿De donde ha dicho usté?

GUARDA 2.º—...y quisiera decirle a usté too lo que me gusta, que es un rato largo.

MANOLA.—¿Y dice usté que se lo contó a su tía?

GUARDA 2.º—No lo tome usté a chufla, que si usté, un anochecido, se fuera dando un paseo hacia el Puente de los Cantos..., sabría usté toda la almiracion y toda la locura...

MANOLA.—Y usté, ¿que le dijo?... ¿Idiota?

GUARDA 2.º—Pero ¿me quiere usté oir con formalidad?

MANOLA.—Sí, señor. Conque ¡pise el acelerador, y a reponerse de gasolina! ¡Ande!...

GUARDA 1.º—*(Saliendo de la casa con una silla.)* ¡Hola, Dimas!

GUARDA 2.º—¡Señor Santos!...

GUARDA 1.º—Pero ¿qué haces aquí, afeitao y todo?

GUARDA 2.º—¡Venía a hacerle un ratito de tertulia a la Manolita!

GUARDA 1.º—Pues hemos coincidido en el «tête a tête» *(Se sienta. El segundo se apoya en la silla.)*

MANOLA.—¡Qué amables!... ¡Y saben francés y todo!... *(Aparte.)* ¡Pues anda, que os voy a poner buenos! *(Empieza a dar con la ropa mojada en la tabla de lavar.)*

GUARDA 1.º—*(Retirándose.)* ¡Oye, tú, joven, que empapas!

GUARDA 2.º—¡Caray, que lo mismo da venir a hacerle a usté una visita que irse a baños de mar! *(Se sacuden el agua.)*

GUARDA 3.º—*(Sale por la izquierda.)* ¡Salú, buena moza y la compañía!

MANOLA.—*(Aparte.)* ¡Se dan guardas!

GUARDA 3.º— ¿Qué se hace?

MANOLA.—Pues aquí mojando estos pinguitos.

GUARDA 3.º—¡Vaya una pareja d'asalto que te ha caído!...

MANOLA.—Pues a eso iba yo: a mandarlos a la porra.

GUARDA 3.º—*(Ríe.)* ¡Ja, ja!... ¿Os habéis fijao? Se ha venido a la Casa de Campo la gracia madrileña en un comprimido.

MANOLA.—¡Cómo se ve que tié un tío farmacéutico, Robustiano!...

GUARDA 3.º—Y gracias a eso puedo vivir; con lo malito que usté me pone, si me cobrasen las medicinas, ¡m'arruinaba, reina!... ¡Huy, me s'ha escapao!...

GUARDA 4.º—*(Sale por la derecha.)* ¡Atiza!...

MANOLA.—¡Otro!

GUARDA 4.º—¡No sabía yo que se reuniera en esta casilla a la minoría jabalí!

MANOLA.—Pues, sí, señor, se reúne. Pero no son jabalís, son de los otros... Por eso rezo yo todas las noches:

Angelitos guardas,
mala compañía;
mía si no vinieran,
quién los llamaría...

TODOS.—*(Rien.)* ¡Ja, ja, ja!

GUARDA 1.º—¡Ha tenido gracia!...

GUARDA 2.º—¡Tiene una arisquez tan atrayente!..

GUARDA 3.º—¡Esto es acaparar guardería, Manolita!...

MANOLA.—Sí, señor. ¡Qué quie usté!... Hay plagas de todo.

GUARDA 4.º—Manolita, vamos a ver: ¿qué favor le podía yo hacer a usté pa que me diera las gracias?

MANOLA.—Marcharse.

GUARDA 4.º—Digo las gracias que atesora.

MANOLA.—No volver. Y si quisiera usté redondearlo, llevarle a la manada. *(Todos rien. La rodean apoyados unos en otros.)*

GUARDA 2.º—¡Muy bien dicho!

GUARDA 3.º—¡Y con desparpajo!

GUARDA 1.º—¡Nos ha jubilao!

GUARDA 4.º—Pero ¡sin sueldo!

GUARDA 2.º—¡Porque tie salero, y naa más! *(De pronto se oye un toque de corneta, largo y repetido.)*

GUARDA 1.º—¡Repeine!... ¡Esperar!... *(Atienden todos.)*

GUARDA 3.º—¡Llamada del guarda mayor!

GUARDA 2.º—Incendio en el monte, ¡rediez!

GUARDA 4.º—¡Oye, correr!

GUARDA 3.º—¡Cuartel tercero!

GUARDA 2.º—¡No dormiros!... *(Salen todos como rayos.)*

MANOLA.—Lo siento. Pero ¡qué incendio más oportuno!... *(Cuando los Guardas han desaparecido, aparece Quique, tocando la corneta, por lo alto del ribazo.)*

QUIQUE.—Pero ¡si he sido yo, madre!

MANOLA.—¡Tú!... ¡Muy bien, hijo mío!... Pero ¡que muy bien!

SEÑOR LUCIO.—*(De detrás de la casa.)* ¡Bravo, salao!... ¡Porque ha sido ocurrencia suya!... ¡Te lo advierto!... *(Mira hacia donde se han ido.)*

QUIQUE.—¡Pa que no le dieran a usté la pelma!

MANOLA.—¡Van desalaos!

SEÑOR LUCIO.—¡Al señor Santos se le ha escurri-

do la bandolera, se le ha enredao entre las piernas y se ha dao una costalada que ha roto una peña!

MANOLA.—*(Besándole.)* ¡Bien, hijo mío! ¡Muy bien!

ESCENA VII

DICHOS y LEONCIO, otro guarda, pero joven, por el foro. Trae en la mano un manojo de flores silvestres.

LEONCIO.—Has tenido gracia, niño; desde ahí, desde el lomazo, he oservao el truco, y me venía riendo.

SEÑOR LUCIO.—¿Has visto qué cerdos, Leoncio?

LEONCIO.—Unos sinvergüenzas.

MANOLA.—¡Que me tienen asediada!

LEONCIO.—Pues ande usté, que al primero que vuelva, lo deslomo.

MANOLA.—Y si una les hiciera cara...

LEONCIO.—¡Qué me va usté a decir!... Ven una mujer guapa, y usté disimule...

SEÑOR LUCIO.—El que tiene que disimular eres tú.

LEONCIO.—Ven una mujer que lo vale, sola, separá del marido, y a ver si cae pieza. Naa más.

MANOLA.—Son las consecuencias de este mal vivir, que bastantes veces se lo tengo dicho a quien no le ha importao.

LEONCIO.—No es que no le haya importao; es que lo que se tie seguro, no se vigila.

SEÑOR LUCIO.—Bueno; ahí te dejo con ése. Ese no es como los demás. Ese es una ecepción.

LEONCIO.—Ecepción, no. Un hombre de bien. Hay muchos. Algunos lo disimulan; pero, vamos, hay muchos. *(Se sienta. Deja las flores en otra silla.)*

QUIQUE.—Adiós, señor Leoncio.

LEONCIO.—Qué, ¿a enredar por ahí?

QUIQUE.—Con mi agüelo.

LEONCIO.—Y que no hagas de rabiar a tu madre.

QUIQUE.—No, señor. *(Vanse.)*

MANOLA.—¡Eso quisiera yo! *(Se sienta a coser.)* Pero encima de lo que una tiene...

LEONCIO.—Usté no tie naa, Manola. *(Lia un cigarrillo y enciende.)*

MANOLA.—¿Que no?... ¡Pues si viera usté cómo me agobia esta vida!...

LEONCIO.—No se apure usté, que too se arreglará, y será usté feliz. *(Se sienta también.)*

MANOLA.—No tengo esa esperanza.

LEONCIO.—Ya la tendrá usté, que unos días traen otros, y después de una pena, y otra, y otra, viene un respiro.

MANOLA.—Pero ya ve usté: es que mi marido no se acuerda de mí..., porque no se acuerda, Leoncio; ni de sus hijos, que bien probao lo tiene...

LEONCIO.—Sí se acordará; pero el amor propio... Usté lo dejó. Ha mandao dos recaos, pidiéndola a usté que volviera; usté no quiso...; los agüelos, en contra..., las cosas..., naa...

MANOLA.—¿Cree usté que tanto como me pasa es naa?...

LEONCIO.— ¡Naa!... Yo sé un poco de lo de usté, Manola. Lo malo es lo que no tie remedio en la vida. ¡Si viera usté, yo...!

MANOLA.—Sí; ya me ha contao mi padre...

LEONCIO.—Su marido de usté es un tarambana, pero la quiere a usté; y donde hay cariño, a la corta o a la larga, too vuelve a su ser... Pero cuando no la quieren a usté... Ya ve usté: yo me casé enamorao; pero enamorao yo solo, que no sirve. Yo pensaba que, a fuerza de querer a mi mujer, algún día me querría ella, siquiera por gratitú. Y no; no valió pelear, sufrir, suplicar... ¡Era una mala persona! Quise dejarla cincuenta veces; pero teníamos un hijo, que era mi ilusión, toda mi vida. ¡Too lo que se puede querer en el mundo lo tenía yo juntao en aquella criatura, que se conoce que me tenía lástima, porque me quería con ceguera!... Pues un mal día me se fué la madre a América con uno, y me se llevó al chico, dejándome una carta, en la que me decía que se lo llevaba porque no era mío. ¡Aquello sí que fué un dolor!...

MANOLA.—¡Y bien amargo!

LEONCIO.—¡Lo que pasé!... Diga usté que no se muere nadie de pena, que si no...

MANOLA.—Pero ¡si no era de usté!...

LEONCIO.—Es que yo le quería de un modo que ya no me importaba nada. Porque lo único nuestro, lo único que es de verdá nuestro, es lo que queremos. En cambio, lo que uno no quiere, no le importa naa, aunque sea suyo. ¡Las pasé negras!

MANOLA.—¡Era para ello!

LEONCIO.—Como que de aquella too lo perdí pa siempre; y como esas grandes penas no pasan por la vida de uno sin dejar algo, a mí me ha quedao una simpatía loca por toos los que sufren de cosa parecida.

MANOLA.—Que es usté de verdá bueno, Leoncio.

LEONCIO.—No sé; pero yo..., y no lo tome usté a mal, Manola, ¡tengo una envidia de su marido!... ¡Si yo hubiera encontrao una mujer como usté!... ¡Madre mía!... Una mujer buena, con todo el bien que puede hacer a un hombre, ¡que es tanto!... En fin: ¡qué se le va a hacer!... La vida, que es loca.

MANOLA.—Leoncio, le tengo a usté simpatía, y una buena amistad, y quisiera que fuera usté feliz.

LEONCIO.—No es fácil eso.

MANOLA.—Si sirviera mi voluntad, lo sería; y quizá que lo sea, porque a lo mejor el bien sale de donde menos lo esperamos.

LEONCIO.—*(Que se ha levantao.)* Gracias, Manola. Y perdone usté que la haya aumentao su tristeza con el cuento de las mías; pero es que parece que, hablando uno de su mal, se lo alivia.

MANOLA.—Así es, Leoncio.

LEONCIO.—Tengo sufrido tanto... Otro día le contaré a usté... *(Inicia el mutis.)*

MANOLA.—Sí, otro día. Cuando usté quiera... Que se deja usté esas flores.

LEONCIO.—¡Ah, sí!... Es verdá. *(Las coge, vacila, las mira y se va.)*

ESCENA VIII

MANOLA; luego, SEÑÁ SALVADORA.

MANOLA.—Es un desgraciao, como toos los buenos. Y tiene una simpatía hablando, que parece que se le lleva a una el alma. ¡Esos son hombres de bien y queriendo!... Ya quisiera yo que mi marido... Bueno, bueno, Manola... ¡Alto!... No, no está bien una mujer desamparada...; vienen hombres y hombres, y... *(Gesto de indiferencia.)* Pero viene uno... No, no...; yo soy una mujer honrada, y me voy a buscar a mi marido. ¡Me da miedo vivir así!... ¡Mi casa es mi sitio, y naa más!... ¡Sea mi casa como sea, y sea mi marido como quiera, y diga mi madre lo que diga!... ¿Que dice, si vuelvo, que no tengo vergüenza? Bueno; pero a ver si tengo tranquilidá y no tengo peligro, que no será poco. ¡Naa, que me voy, que me voy!... *(Sale la Señá Salvadora por la derecha.)*

SEÑÁ SALVADORA.—Muchacha, pero ¿es que estás hablando sola?

MANOLA.—Algo de eso hay

SEÑÁ SALVADORA.—Pues es lo único que te faltaba... Que ese granuja te hubiera trastornao hasta el extremo de que hablaras con las urracas.

MANOLA.—No hablo con las urracas, madre; hablo con mi vida, que es la que me interesa, y quiero volver a mi casa, ¡pa que usté lo sepa!

SEÑÁ SALVADORA.—*(Sonriendo.)* ¿A tu casa?... ¡Calla, loca! ¿Qué estás diciendo?... ¡A tu casa!... Pero ¡si aquello ya no es naa!

MANOLA.—¿Qué dice usté?

SEÑÁ SALVADORA.—De allí vengo, y aquello ya no es casa: aquello es una galguera, hija. ¡Qué dolor!

MANOLA.—Pero ¿mi marido...?

SEÑÁ SALVADORA.—A las diez ¡aún estaba en la cama!

MANOLA.—¿No trabaja?

SEÑÁ SALVADORA.—El viernes se despidió del taller.

MANOLA.—¡Santo Dios!

SEÑÁ SALVADORA.—Y de tu ropa, que es por lo que iba, naa; pero que ¡naa de naa!... En el armario no queda ni una hilacha.

MANOLA.—Pero ¿los dos mantones y el abrigo de «pelús»...?

SEÑÁ SALVADORA.—¡Allí habían estao!... ¡Dios sabe qué gandula los habrá cogido!

MANOLA.—Pero ¿usté cree...?

SEÑÁ SALVADORA.—¡A ver!... Y en el cajón de la cómoda no he encontrao más que unas cuantas papeletas, la bandurria rota, un calcetín con tomates y dos números de la revista «Verde».

MANOLA.—¡Lo ha empeñao todo!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Figúrate! Cuando he llegao, me he parao en la portería, y me ha dicho la señá Udosia que toas las noches se retira después del amanecer con unas violinas, que el último tramo de la escalera se lo sube a medias con el Palitos. Se empujan el uno al otro, y el que se queda el último duerme en el descansillo.

MANOLA.—¡Santísima Virgen! ¡Qué vergüenza, qué dolor, qué asco!...

SEÑÁ SALVADORA.—¡Asco, eso m'ha dao, y bien grande!

MANOLA.—¿Y no ha preguntao por mí?

SEÑÁ SALVADORA.—No le he oído el metal de su voz.

MANOLA.—¿Ni por sus hijos?

SEÑÁ SALVADORA.—¿No estoy diciendo que pa naa? Pero si he estornudao y no m'ha dicho: «¡Jesús!» Y ya sé que es laico; pero, vamos, no creí que eso llegara hasta los costipaos...

MANOLA.—¡Virgen de la Paloma!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Pa mí, que está como idiotizao!... Tie una cara así, parada, amarilla, triste..., yo no sé.

MANOLA.—¡Ay, sí, si yo lo estaba diciendo! ¡Mi casa, deshecha; mi vida, rota!... *(Llora desolada.)*

SEÑÁ SALVADORA.—Mira: ahora llegará la Luisa, que venía conmigo, que s'ha quedao en la puerta, porque s'ha encontrao un primo de un novio que

tuvo no sé dónde... Ya sabes que ésa siempre se encuentra un primo...; pues no tardará, y ella te pondrá en pormenores... Mira: ahí la tienes... *(A Luisa, que sale.)* Dila, dila a ésta... *(Ella se mete en la casa.)*

ESCENA IX

MANOLA y LUISA.

LUISA.—*(Con efusión.)* ¡Manola!... *(La abraza.)*
MANOLA.—*(Con tristeza.)* ¡Luisa!
LUISA.—¡Tenía ganas de verte, hija!
MANOLA.—Gracias, mujer.
LUISA.—¿Y cómo estás?
MANOLA.—Ya ves.
LUISA.—Me lo figuro. ¡No me digas nada!... *(Se sientan.)* Ya te habrá dicho tu madre que aquella casa...
MANOLA.—Sí, una desdicha.
LUISA.—Peor, pero que requetepeor.
MANOLA.—*(Con ansiedad.)* ¿Pues...?
LUISA.—A ella no he querío decirle toa la verdá, porque como la he visto con una mano de almirez en la mano y tu madre es de las de asalto..., me dije, digo: «A ver si va a haber aquí una...» ¡Y me he callao!
MANOLA.—Pero ¿hay algo más?
LUISA.—¿Que si hay?... ¡Aquello es el acabóse, Manola!... Paco se ha cerrao a la banda... No nos trata ni nos saluda. Ya sabes que siempre llevaba a mi marido a las becerradas; pues ahora, ¡ni eso! Conmigo, ni cruzar el saludo. Se ha hecho hasta grosero.
MANOLA.—¡Que unas cosas traen otras, ya lo sabes!
LUISA.—Pero, en cambio, hija, y esto es lo que quería decirte, no falta quien vaya toas las noches a buscarle, ¡pa que lo sepas!
MANOLA.—¿Qué dices?

LUISA.—Lo que oyes.

MANOLA.—Pero ¿mujeres?

LUISA.—¡Mujeres!

MANOLA.—¿A mi casa?

LUISA.—¡A tu casa!... ¡Y dentrito!

MANOLA.—¿Muchas?

LUISA.—Muchas, no sería malo. Siempre las mismas: ¡la Tere y la Sole!...

MANOLA.—¡Mia si yo lo temía! ¡La Tere!... ¡Maldita sea!...

LUISA.—Ya sabes que la Tere es la que le dura.

MANOLA.—¡Siempre lo he pensao!

LUISA.—Y pues jurarlo. Esa es de las que se agarran. Lo tien trastornao, y como no tie voluntá, entre ellas dos y el Palitos hacen de él lo que quieren..., y se han llevao tu ropa, y se están llevando hasta los muebles de tu casa!

MANOLA.—¡Ay Luisa, no me lo digas! *(Se levanta atrada.)*

LUISA.—¡Lo que oyes! Y ten cuidado, que quizá cuando quieras volver te hayan cerrao el camino.

MANOLA.—*(Desesperada.)* ¡No, no será!

LUISA.—¡Descuídate y verás!

MANOLA.—¡Que te digo que no!... ¡No, no será!... ¡No quisiera ver más a ese hombre, porque ha sío un ingrato pa mí y pa sus hijos, y porque no tiene enmienda, no, no la tiene!... ¡Pero mi casa deshecha, mis hijos en el abandono, yo desamparada y sola!... ¡No, no pue ser, y no será!... ¡Y óyelo, Luisa, yo quiero irme, irme ahora mismo a buscar a mi marido y sacarlo de esa perdición en que vive! ¡Es mi deber!

LUISA.—¡Bien hecho! Y yo te diré dónde pues encontrarlo, porque lo sé.

MANOLA.—¿Dónde?

LUISA.—Pues toas las noches, pero que sin faltar una, lo tienes en el Danzing Bombilla, con el Palitos y esas golfas.

MANOLA.—¡Pues vamos allá!

LUISA.—¡Pero cálmate, Manola!

MANOLA.—No, no puedo... Anda, acompáñame.

LUISA.—Oye: pero yo no te acompaño más que hasta la puerta.

MANOLA.—Hasta donde sea. Tu ponme frente a ellos, me dejas, y te vas.

LUISA.—¡Mira que esas golfas son dos bravías!

MANOLA.—¿Y qué me importa?

LUISA.—Pero con lo que tú eres, ¿tendrás valor?

MANOLA.—¡Una mujer que va por su marido, si lo quiere de veras, a buenas o a malas, a golpes, a puñaladas, a tiros, si es preciso, lo saca, aunque sea del infierno!... ¡Llévame y verás! *(Se pone un mantoncillo de crespón que ha dejado la Señá Salvadora sobre una silla.)*

LUISA.—Que sí, mujer, vamos...

MANOLA.—¡Ahora van a ver quién soy yo, él y esas gandulas! *(Vanse apresuradamente.)*

ESCENA X

El SEÑOR LUCIO; luego, LEONCIO; después, la SEÑÁ SALVADORA, VISI y QUIQUE.

SEÑOR LUCIO.—*(Viene embelesado mirando el retrato.)* ¡Se me aja!... ¡De tanto mirarlo se me aja!... ¡Y cuanto más lo ajo, más lo miro!... ¡Qué mujer!... Porque mi yerno será lo que quiera, pero tie un gusto pa selecionar, que apabulla. Hace un rato, víctima de la romantiquería que m'ha entrao, que dialogueo yo solo, estaba contemplando el lucero de la tarde, que acaba de salir ahora, y yo le preguntaba: «¿Dónde, dónde vivirá esta belleza tan seduztora?...» Claro que, si las cosas tuvieran lógica en la vida, esta mujer debía vivir en la calle de la Bola... Pero, ¿y si vive en el Ventorro del Chaleco, que también sería lógico?...

LEONCIO.—*(Sale corriendo muy alarmado por el foro izquierda.)* ¡Señor Lucio, señor Lucio!

SEÑOR LUCIO.—*(Escondiendo rápidamente el retrato.)* ¿Qué pasa, Leoncio?

LEONCIO.—¡Ay señor Lucio!

SEÑOR LUCIO.—¿Pero qué es, que te noto así un tono alarmante?...

LEONCIO.—La Manola, que la he visto marcharse con esa amiga que viene algunas veces a verla, camino de la puerta.

SEÑOR LUCIO.—¿Y adónde irá?

LEONCIO.—¡Qué se yo! Y mi alarma es porque iba llorando y corriendo de una forma, que la otra no podía seguirla..., y la iba diciendo: «¡Por Dios, no hagas una locura! ¡Reflexiona!... ¡Recapacita!...»

SEÑOR LUCIO.—¡Repeine!

SEÑÁ SALVADORA.—*(Sale de la casa.)* Pero ¿qué dices, Leoncio?

LEONCIO.—¡Que he visto a la Manola, que se iba como desesperada, señá Salvadora!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Santo Dios!... ¿Y dónde se habrá ido esa loca?

SEÑOR LUCIO.—¡A ver si con esos nervios que tiene hace una locura que nos amargue...!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Ay, correr, correr, por Dios!... ¡Correr a buscarla!

NIÑOS.—*(Saliendo.)* ¿Qué es, agüela, qué es?

SEÑÁ SALVADORA.—¡Madre, que se ha ido, y no sabemos dónde!... ¡Correr!... ¡Buscarla!...

NIÑOS.—*(Vanse gritando.)* ¡Madre!... ¡Madre!...

SEÑÁ SALVADORA Y LEONCIO.—*(Cada uno por un lado y al mismo tiempo.)* ¡Manola!... ¡Manola!...

SEÑÁ SALVADORA.—*(Las voces se van oyendo cada vez más lejanas.)* ¡Hija!... ¡Hija!...

LEONCIO.—¡Manolaaa!...

SEÑOR LUCIO.—*(Aterrado, palpándose todo él)* ¡Mi madre!... ¿Dónde tengo el retrato?... ¿Dónde?... ¡Aquí, no!... ¡Ay, que aquí tampoco!... ¡Ay, que lo he perdido!... ¡No..., lo tenía en la bandolera! *(Corriendo.)* ¡Manolaa!... ¡Qué susto!... ¡Si me lo cogen, y ven lo besao que está!... ¡Manolaa!...

TELÓN

Desde que cae el telón de este cuadro empieza a oírse en un cuarteto un «fox», un tango o cualquier número bailable. Así se hace la mutación, que debe ser lo más rápida posible.

CUADRO SEGUNDO

Interior de un gabinete reservado en un «dancing» de la Bombilla. Puerta al foro, con ventanas a los lados, por las que se ve un jardín iluminado. Una mesa en el centro, con mantel; sobre ella, copas y botellas y algunos platos con entremeses. Junto a la pared, un pequeño aparador y una «chaise longue». Un perchero de los de pie. Lámpara encendida en el centro del techo. Es de noche; se oye lejano el «jazz-band», que toca un «fox».

ESCENA PRIMERA

TERE, SOLE, PACO, el PALITOS y el PORRONES, camarero. PACO, sentado en la mesa, bebe. TERE, en pie, a su lado. PALITOS y SOLE bailan. El PORRONES, vestido de «smoking», que le sienta bastante mal, descorcha una botella.

TERE.—Bueno; anda, rico, vamos a bailar como ésos, ¿quieres?

PACO.—*(Que está a medios pelos.)* No me peta. ¿Peta es una expresión castellana, Porrones?

PORRONES.—Sí; pero de Navalcarnero.

PACO.—Oye: no me tomes el pelito, que te voy a dar una bofetá que te va a sentar peor que el «smokingggg». *(Se da un golpe en la boca para no prolongar la ge.)*

TERE.—¡Jesús, hijo! Cuando bebes y agarras un «ge», paeces un sifón.

PACO.—Servidor. *(Ofreciendo la copa vacía.)* Sirve a este tu afeztísimo.

TERE.—Mialos: se han hecho un salón de baile en un metro cuadrao.

PALITOS.—¡Academicismo!

TERE.—¿No te da envidia ese ceñido?

PALITOS.—¡Escultoricismo!

TERE.—¡Anda, agárrate y no seas pelma, cielo!

PACO.—¡Que no quiero, señor!... ¿Cómo se dicen las cosas?

TERE.—Pero, entonces, ¿pa qué hemos venido a un sitio de diversión?

PACO.—Pues pa lo que se va a toos los sitios de diversión: pa aburrirse. ¿Verdá tú? Toma un percebe, ídem ídem...

TERE.—Bueno; tú has venido con pata; pero a ti en cinco minutos te se multiplican. Ya te se cuentan cuatro.

PACO.—Pues me sobran tres pa darte el impulso necesario que te conduzca a la pared de enfrente. ¿Me he expresao, Porrones?

PORRONES.—¡Voy de etiqueta!

TERE.—¿Tú has visto un caso más raro que el de éste? ¿Un cerdo hablando?

PACO.—*(Se incorpora amenazador.)* ¡Que te sacudo, niña!...

SOLE.—Oye: que habíamos quedao en divertirnos.

PACO.—Y en eso estamos.

TERE.—Cuando tú te pones pesao, el monasterio del Escorial es una viruta, hijo. *(Se asoma a la puerta.)* ¡Qué carganteria!

PACO.—Porrones, otra caña, por tu salú...

PORRONES.—¡Tú quies pescarla, Paco!

PACO.—Por ahí van los tiros... Porque oye, Porrones, ven, que no lo oigan ésas; yo sé que el vino hace olvidar..., hace olvidar algo que no me acuerdo, ¿sabes?... Porque yo una noche fuí al teatro a esa función que le dicen «Marina», y oí que cantaban: «El vino hará olvidar..., el vino hará olvidar...», y a la décima vez, ya cansao de que no acababan, me fuí sin averiguarlo.

PORRONES.—¡Bien hecho!

PACO.—Oye, Porrones: ¿qué idea tienes tú de la vida?

PORRONES.—Ninguna.

PACO.—¡Ole!... ¡Coincici..., coincici..., coincici... dimos!

PALITOS.—No bebas, Paco, que te se van alargando los vocablos, y pa decir retisciencia, que es el

tuyo, vas a tardar año y medio. *(Tocan un chotis.)*

TERE.—Oye, tú: un chotis... Anda, anímate...

PACO.—¡Que no me peta!

TERE.—Bueno; lo que tienes tú es que has cogido una perra, pero con bozal y todo.

PACO.—¿Servidor?

TERE.—¡Y naa más!... Que tú eres otro..., que too eso te pasa desde que te has separao de tu señora.

PACO.—*(Se levanta serio, transformado.)* ¡Silencio!... *(Le da un manotazo en la boca.)*

TERE.—*(Furiosa.)* ¡Oye: que me has hecho daño, ladrón!

PACO.—Y como la vuelvas a mentar, te sacudo.

TERE.—*(Casi llorando de dolor.)* Y si me das otra vez en la boca, te doy un botellazo.

PACO.—*(Amenazador.)* ¿A mí?

TERE.—¡Y a tu agüela! *(Coge una botella.)*

PALITOS.—*(Sujetándola.)* ¡Por Dios, Tere!... *(Se la quita.)*

SOLE.—Oye: que habíamos quedao en divertirnos.

TERE.—Pero si too es porque estoy queriendo distraerle, y me está dando el té, que no hay quien lo aguante.

SOLE.—¡Anda, Paco, hombre, a bailar!

PALITOS.—¡Hala, a hacer las paces!

PACO.—Bueno...; las paces y lo que sea... Si a mí, si no me dicen cosas molestas, no me pego..., porque yo, cuando quiero pegarme, me voy a un mitingggg *(Se golpea los labios como antes.)* agrario. ¿Tú lo que quieres es bailar?...

TERE.—¿Y me lo preguntas?...

PACO.—Pues habérmelo dicho sin retiscicien..., retisciencia... *(Se levanta.)* ¡Amos al chotis!

TERE.—Sujetarlo, que se cae.

PACO.—¿Yo?... ¿Que me caigo yo?... Soltarme. *(Baila él solo.)* ¡Fijaros cómo me marco yo solito! ¡Mi persona!... *(Sigue bailando.)* Y esto sin el apoyo de los partidos extremos...

TODOS.—*(Le jalean.)* ¡Ole!... ¡Muy bien!

PACO.—¡Que me saquen en un Movietone!

PALITOS.—¡Ahí la gracia!

PACO.—¡Ojos y oídos del mundo!... ¡Un servidorito!

SOLE.—Pintao.

TERE.—Si cuando se pone alegre, vale lo que pesa.

PACO.—*(Sin dejar de bailar.)* ¡Esto es filigraneo!

TERE.—¡Muy bien!

SOLE.—¡Ole ahí la gracia!

PALITOS.—¡Tu madre! *(Ríen y aplauden. Paco sigue bailando.)*

ESCENA II

DICHOS y MANOLA, que aparece en la puerta y se detiene en ella.

MANOLA.—Buenas noches. *(Su presencia produce el efecto de terror y sorpresa que es de suponer.)*

PACO.—*(Que se ha detenido al verla, se pasa la mano por la frente y cae lentamente en una silla.)* ¡La Manola!

TERE.—¡Su mujer!

PALITOS.—¡Pues es un numerito!

SOLE.—¡El vermú! *(Pausa.)*

PORRONES.—Ya pedirán los señores. *(Vase rápido y receloso.)*

MANOLA.—Pero no asustarse.

TERE.—Yo, no, hija. Ni por pienso.

SOLE.—¡No faltaba más!

PACO.—Manola, ¿a qué vienes tú aquí?

MANOLA.—A darte la enhorabuena, hombre.

PACO.—¿A mí?

MANOLA.—Claro. Te veo de fiesta. Alumbrao, con dos banderolas y con la murga de siempre.

TERE.—Eso de banderolas...

PALITOS.—No quejaros, que peor hubiera sido lo otro.

PACO.—Bueno; vámonos. Aquí no estás tú bien.

MANOLA.—Peor estás tú, y me aguanto.

PACO.—Sí; pero vámonos. Lo tuyo y lo mío es pa que lo resolvamos en casa.

MANOLA.—No; lo tuyo y lo mío he jurao resolverlo donde te encontrara. Te encuentro aquí, pues aquí.

PALITOS.—Bueno; pues como éste es un asunto de familia, un servidor y estas señoras...

MANOLA.—¿Qué señoras?

PALITOS.—Estas.

MANOLA.—¡Ah, no había caído!... Como a mí me gustan las cosas por sus nombres...

TERE.—¿A qué nombres se refiere usté?

PALITOS.—Bien; callaros. Pues aquí, estas jóvenes y un servidor, nos vamos.

TERE.—Mejor será.

MANOLA.—No, perdón. Ustés me van a hacer el favor de quedarse. *(Cierra la puerta.)*

PACO.—Pero ¿qué haces, Manola?

MANOLA.—Cerrar. Es un ratito. Porque en mi conversación con este señor quizá tenga que referirme a cierta clase de individuas, y si se van ustedes no voy a tener con quién poner los ejemplos...

PALITOS.—Entonces, yo...

MANOLA.—Quédate, que también tengo que hablar de canallerías.

PACO.—¡Por Dios, Manola, que no está bien que tú le faltes a nadie! Y vámonos, que no es éste tu sitio...

MANOLA.—Tú me has hecho venir a él, Paco; por ti he venido, y ya no me voy sin sacarte de aquí de manera que se corra la voz, pa que sepan toas estas... señoritas que retener a un hombre casao, aquí, en su casa o donde sea, también tiene sus peligros.

TERE.—Pues de aquí le va a usté a costar muy poquito sacarlo, porque a la fuerza no lo hemos traído.

MANOLA.—Según a lo que usté le llame fuerza, porque no ofrecer dificultades pa los hombres ya es una fuerza.

PACO.—¡Cálmate, Manola!

MANOLA.—No quiero.

TERE.—Y si alguna vez ha venido a mi casa, será porque ha estao más a gusto que en la suya.

MANOLA.—¡Ya lo creo!... Como que la de usté es mejor. Está silenciosa, porque nadie para mucho en ella; cómoda, porque hay que retener a los que se van, y perfumá con pastillas d'Oriente, pa marear a los que caigan. Y en la mía berrean tres críos, con todas sus consecuencias; no hay donde casi sentarse y too es incómodo. ¡Ya ve usté si la suya tie ventajas!... Pero, en cambio, en la de usté no hay más que mentira y dolor, y la mía es el rincón donde estoy yo y están sus hijos, que somos su vida. La que él se ha buscao y se ha hecho.

TERE.—¡Allá cuidaos!

PACO.—Sí, Manola, dices bien; pero yo te ruego que nos vayamos.

MANOLA.—No, no nos vamos; que antes quiero que veas la verdá. Ven aquí, ponte la mano sobre el corazón y dime, Paco: ¿a ti te parece que estos escuerzos...

LAS DOS.—¡Señora!...

MANOLA.—... (y ustés perdonen, que es que ha llegao el momento de los ejemplos) valen la pena de las lágrimas que yo he derramao?...

PACO.—¡Qué van a valer!...

TERE.—Oye, tú...

MANOLA.—*(Le hace dar una vuelta rápidamente.)* ¡Mírala por donde quieras!...

TERE.—*(Agresiva.)* Señora, pero ¿usté me ha tomao a mí por el pito del sereno?

MANOLA.—¡No, quia! El pito del sereno es una cosa decente y que sirve para casos de alarma, y aquí la alarmante es usté.

TERE.—¡Lo que debe usté hacer es no faltar!

MANOLA.—¿Qué tiene encima esta visión, desde el alma hasta el colorete, que valga seis reales?

TERE.—¡Más que usté valgo!

SOLE.—¡Cincuenta veces!

MANOLA.—¡Qué va usté a valer, infeliz! Que si me ve usté de cerca es porque un duro es un duro, y se le cae a una en la basura y hay que agacharse a recogerlo, aunque se le ensucie a una la mano.

¿Dónde no hubiera ido yo por lo que más quiero?... Ahora sí, que diga usté por toos laos que de hoy en adelante donde esté mi marido iré a sacarlo y me lo llevaré a la rastra, aunque sea después de azotar a las sinvergüenzas que me lo quiten.

TERE.—*(Con risa insolente.)* ¡Ya será menos!

MANOLA.—Por hoy, puede. Porque me voy a conformar con echarlas a ustés a la calle a puntapiés nàa más.

TERE.—Pruebe usté...

MANOLA.—*(Dándola un empujón.)* ¡Hala, fuera de aquí!

TERE.—*(Enfurecida.)* ¡Si me vuelve usté a poner la mano encima, se acuerda de mí pa siempre!

PACO.—¡Y si amenazas a mi mujer, te parto la cara!

SOLE.—Y ella, ¿pa qué empuja?

MANOLA.—*(Empujándolas.)* ¡A la calle las dos..., so golfas!

TERE.—¿A mí?

MANOLA.—¡A las dos!... ¡Fuera de aquí!... *(Las empuja, las zarandea, las despeina.)*

PACO.—¡No, Manola, por Dios!... ¡Cálmate!... ¡Llevátelas, Palitos!...

PALITOS.—Pero ¡si no puedo!

TERE.—¡Me las paga!... ¡Tía fiera!

SOLE.—¡Y me ha despeinao!... ¡Una permanente de quince pesetas!

PACO.—¡Hala, marcharos!... *(Las empuja.)*

SOLE.—¡Toos contra nosotras!

TERE.—¡Me las pagará usté!... ¡Y no va a tardar! ¡Por éstas! ¡Vámonos, Sole!

SOLE.—¡Gentuza!

PALITOS.—¡Igualmente!

MANOLA.—*(Cae muerta de fatiga y temblorosa en una silla.)* ¡Ay, que me ahogo!... ¡Darme agua!...

PACO.—Pero, Manola, ¡por Dios!... ¿Por qué te has puesto así?

MANOLA.—No sé lo que he hecho; pero ya no podía más, Paco; no podía más. *(Paco va a darle el agua, que estará en el aparador.)*

TERE.—*(Entra rápida y como una fiera.)* ¡Pa que

tenga usté un recuerdo mío! *(Le da un botellazo en la cabeza y sale corriendo.)*

MANOLA.—*(Llevándose las manos a la frente.)* ¡Ay madre!

PACO.—¡Traidora!

MANOLA.—¡Me ha herido!

PALITOS.—¡Cogerla!

PACO.—¡La mato!... ¡Cogerla!...

PALITOS.—¡Socorro!... ¡A ésa!... ¡Un médico!...

PACO.—¡Manola de mi alma!... ¡Tienes sangre!

MANOLA.—Nada, nada... ¡No te asustes..., no es nada!... *(Camarero y gente que entra.)*

TODOS.—¿Qué es? ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

MANOLA.—Nada, no es nada... Una mujer que ha venido por su marido y se lo lleva.

PACO.—¡Miserable de mí!

PALITOS.—Pero ¡tiés sangre!

MANOLA.—Pero me lo llevo; qué más da la sangre... ¡Vamos, Paco!

ESCENA III

DICHOS; SEÑÁ SALVADORA, SEÑOR LUCIO y LUISA. Entre el tumulto y la confusión que se produce se oyen las voces consternadas de la SEÑÁ SALVADORA y el SEÑOR LUCIO, que vienen seguidos de LUISA.

SEÑÁ SALVADORA.—*(Aún lejos.)* ¡Manola! ¡Manola!

MANOLA.—¡Madre!

SEÑÁ SALVADORA.—*(Entrando.)* Pero ¿qué ha sido?

SEÑOR LUCIO.—Hija, ¿qué te pasa?

MANOLA.—Nada, no es nada.

SEÑÁ SALVADORA.—*(Con acento desgarrador.)* ¡Ay, mi hija llena de sangre!... ¡Herida!

SEÑOR LUCIO.—¿Quién te ha herido, hija mía?

SEÑÁ SALVADORA.—¡El!... ¡El es el asesino!

PACO.—¡Señá Salvadora!...

SEÑÁ SALVADORA.—¡Sí; tú, con tus infamias y tus traiciones, la has traído a esta perdición!

PACO.—Yo no he podido evitarlo. ¡Vámonos, Manola!

SEÑÁ SALVADORA.—¿Cómo vámonos?... ¡Antes que volver mi hija a tu lao tendrían que matarme a mí!

SEÑOR LUCIO.—¡Vamos, vamos a llevarla a la Casa de Socorro!

PACO.—*(Quiere seguirlos.)* ¡Dejarme!

SEÑÁ SALVADORA.—*(Cortándole el paso.)* ¡Contigo, nunca!

MANOLA.—¡Es mi marido, madre!

SEÑÁ SALVADORA.—No. El hombre que trae a su mujer a morir en manos de una gandula, no es su marido. *(Fieramente, ante la puerta, mientras se la llevan.)* ¡No, no es su marido! ¡No!... ¡Atrás..., atrás! *(Se llevan a Manola. La Señá Salvadora queda en actitud resuelta ante la puerta. El Palitos detiene a Paco. La gente queda en actitud de estupefacción.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La Casa de Campo. La misma decoración del primer cuadro del acto segundo. Es de día también.

ESCENA PRIMERA

VISI, BENITA, MUCHACHAS y MUCHACHOS. VISI, a la puerta de la casilla. BENITA viene con tres o cuatro MUCHACHAS y MUCHACHOS, en plan de excursión campestre. Traen una cesta, una guitarra y un gramófono. Vienen cantando el coro de las floristas de «Las Leandras». Se las oye lejos y se van acercando.

VISI.—¡Qué contentos vienen ésos!... ¡Y es que hace un día hermosísimo! ¡Vaya un domingo alegre! *(El grupo ha salido por detrás de la casilla. Se destaca la Benita, que se acerca a la niña.)*

BENITA.—Oye, chica.

VISI.—Usté dirá.

BENITA.—¿Esta casilla es la del señor Lucio, el guarda?

VISI.—Pa servir a usté, sí señora; es mi agüelo.

BENITA.—Por muchos años.

VISI.—Y usté que lo vea. *(Se han acercado los demás.)*

BENITA.—Oye: ¿y hay algún sitio aquí cerca donde se pueda merendar?

VISI.—*(Señalando al foro, a la derecha.)* Ahí, en ese lomero, tien ustés un sitio muy aparente. Y más

abajito, entre unas peñas, un maniantal de un agua mu güena.

BENITA.—Gracias, chica.

JOVEN 1.º—¡Qué listilla es!

BENITA.—*(Dándoselos.)* Toma dos reales.

VISI.—No, señora; muchismas gracias.

BENITA.—Toma, mujer.

VISI.—No se armiten propinas... *(Benita se va a guardar los dos reales.)*; pero por ser de ustés... *(Alarga la mano.)*

BENITA.—Sí, mujer; toma. *(Se los da.)*

VISI.—De esto le tengo que dar un real a mi hermano.

BENITA.—¿Te lo exige?

VISI.—Que estamos sindicaos.

MUCHACHA 1.ª—Pues dale el real y muchismos recuerdos.

VISI.—De su parte. Que ustés lo pasen como es debido.

BENITA.—Es muy mona la chica esta. *(Visi entra en la casa.)*

JOVEN 2.º—Oye, Dionisio: traeros p'acá el gramófono y la cesta.

MUCHACHA 2.ª—Sí, que desde aquí hay una vista hermosa. *(Vanse alegremente por el foro derecha.)*

ESCENA II

SEÑÁ SALVADORA y FERMINA, que salen de la casilla.

SEÑÁ SALVADORA.—*(Hablándole alto.)* Pues no te pues figurar lo que nos alegra tu visita, Fermina.

TÍA FERMINA.—Que me he frito unos filetes de merluza, y me dije, digo: «Me los voy a merendar con ésos.» ¡Como es fiesta y hace esta hermosura de tarde...!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Pues no sabes en qué hora llegas!... ¡La más feliz de nuestra vida! Porque ayer el médico dió de alta a la Manola.

TÍA FERMINA.—¡Mujer, y yo sin saber naa!

SEÑÁ SALVADORA.—Pero ¡si te mandamos un recao con la Encarna!...

TÍA FERMINA.—Sí; pero como es tartamuda, y aquel día estaba afónica, y yo a veces oigo medianejamente, pues no me entere. Yo veía que me hacía así... *(Seña de apoyar la cabeza en la mano.)*, y dije: «Será que le duele la cabeza», y le di una pastilla d'aspirina.

SEÑÁ SALVADORA.—Pues te decía que la Manola estaba herida.

TÍA FERMINA.—Ya me lo figuro. ¿Qué habrá hecho con la aspirina?

SEÑÁ SALVADORA.—Vete a saber. Las hemos pasao negras, porque al principio parecía que no era naa; pero luego se la infestó la herida y ha estao malísima. Ocho días sin conocimiento.

TÍA FERMINA.—¡Bendito sea Dios!... ¿Y con qué le dieron?

SEÑÁ SALVADORA.—Con una botella de esas de coñá.

TÍA FERMINA.—Nunca m'ha gustao a mí el coñá.

SEÑÁ SALVADORA.—Ni a mí. Y menos a golpes.

TÍA FERMINA.—A mí también me dió uno una vez mi marido con un plato. Ya sabes lo bruto que era el pobre, que en gloria esté; pues como sería el golpe, que lo oí.

SEÑÁ SALVADORA.—¿Te quedarías atontá?

TÍA FERMINA.—Que estuve cinco días como si me hubiera ido a Guadalajara.

SEÑÁ SALVADORA.—¿Por qué?

TÍA FERMINA.—Porque no conocía a nadie.

SEÑÁ SALVADORA.—*(Riendo.)* ¡Eres el demonio!

TÍA FERMINA.—Pero ¿la Manola ya está bien?

SEÑÁ SALVADORA.—Más guapa que antes. Ahora la verás, que se está acabando de arreglar.

TÍA FERMINA.—¿Y qué me dices de tu marido?

SEÑÁ SALVADORA.—De salú, como siempre; pero tampoco le vas a conocer.

TÍA FERMINA.—¿Pues...?

SEÑÁ SALVADORA.—Que a la vejez, viruelas. ¿Te acuerdas que casi siempre se peinaba a dedo?

TÍA FERMINA.—No le he conocido un peine.

SEÑÁ SALVADORA.—Pues ahora se da coba, y lleva una raya que es una carretera, y s'ha comprao un traje de paisano, que precisamente hoy se lo ha puesto, porque está franco, que es talmente un pollo litri.

TÍA FERMINA.—Pero ¿qué le pasa pa esas fantesías?

SEÑÁ SALVADORA.—Que dice que le han dicho los jefes que la guardería requiere un aspezto juvenil.

TÍA FERMINA.—Pero, mujer, pa un conejo y dos o tres perdices que habrán quedao...

SEÑÁ SALVADORA.—Eso digo yo; pero ya lo verás de tomatero, que si sigue así, el mes que viene le tengo que poner de corto.

TÍA FERMINA.—¡Válgame Dios, qué hombres!

SEÑÁ SALVADORA.—Si no tuviera en él la confianza que tengo, me haría dudar...

TÍA FERMINA.—Pero, mujer, ¡a sus años...!

SEÑÁ SALVADORA.—A los sesenta los hay que piden guerra.

TÍA FERMINA.—Bueno; pero por teléfono naa más. Cara a cara, se achican.

SEÑÁ SALVADORA.—¡Míalo, el pollito, por allí viene!

ESCENA III

DICHAS y SEÑOR LUCIO, de paisano, con traje de fiesta, sombrero nuevo, botas recién estrenadas, corbata detonante y una varita verde con unas hojitas en la punta. Trae el pelo y el bigote más negros que la endrina.

TÍA FERMINA.—¡Madre mía, qué figurín! ¡Un hombre que pa que se lavara había que tirarlo al río!

SEÑÁ SALVADORA.—Pues ahora le ponen un cartelito de esos de «Traje, ciento veinticinco», y pa un escaparate.

SEÑOR LUCIO.—*(Saliendo.)* ¡Hola, Fermina!

TÍA FERMINA.—¡Quién te conoce, chico!

SEÑOR LUCIO.—¿Tú por aquí arriba?

TÍA FERMINA.—A veros.

SEÑOR LUCIO.—Gracias.

TÍA FERMINA.—¡A ti t'han quitao veinte años de encima!

SEÑOR LUCIO.—Que me he echao un revoquillo.

TÍA FERMINA.—Pero no pa blanquearte.

SEÑÁ SALVADORA.—Ni mucho menos: ¡paece el anuncio de la antracita! Fíjate en el bigote.

TÍA FERMINA.—Como un mocho de limpiar chimeneas.

SEÑOR LUCIO.—Que está uno al servicio del Ayuntamiento, y como ahora les ha dao por embellecerlo todo..., pues tie uno que ponerse a nivel.

TÍA FERMINA.—Ya m'ha dicho aquí, la Salvadora, que hoy estáis muy contentos, porque la Manola ya está bien del too.

SEÑOR LUCIO.—Gracias a Dios. Pero siempre tiene uno que tener una espina que le atormente.

SEÑÁ SALVADORA.—Pues ¿qué pasa?

SEÑOR LUCIO.—¿Que qué pasa?... Que traigo muy malas impresiones de Paco.

TÍA FERMINA.—¿Pues...?

SEÑOR LUCIO.—Que he ido a buscarlo, porque es el pío de la chica desde que está mejor; que quiere que venga.

SEÑÁ SALVADORA.—Ya ves... Emperrá con él, que nos tie locos. ¡Después que por su culpa de poco la matan!

TÍA FERMINA.—¿Y no lo has encontrao?

SEÑOR LUCIO.—¡Quia!... Hace ocho días que ha quitao la casa, ha desaparecido del barrio y no se sabe dónde está.

TÍA FERMINA.—¡Jesús!

SEÑOR LUCIO.—Y ni el Palitos ni yo hemos dao con él, ni muerto ni vivo.

TÍA FERMINA.—¿Ande s'habrá metido?

SEÑOR LUCIO.—¡Vete a saber!...

SEÑÁ SALVADORA.—Que tie que atormentar a la chica hasta que se muera.

TÍA FERMINA.—Pero a mí m'han dicho que s'ha portao muy bien durante la enfermedad...

SEÑOR LUCIO.—Más de la cuenta; que de noche y de día le hemos tenido aquí, alrededor de la casilla. Que no ha vivido...

SEÑÁ SALVADORA.—Pero en cuanto supo que estaba fuera de peligro, voló de aquí y no se le volvió a ver. ¡Que no le importa naa de naa!

SEÑOR LUCIO.—¡No, Salvadora! Yo sé que es un loco; pero esta vez os digo que es algo peor, que me tiene inquieto. ¿Y sabéis por qué?

LAS DOS.—¿Por qué?

SEÑOR LUCIO.—Porque la última vez que le vió el Palitos, m'ha dicho que Paco le llamó y le dijo estas palabras...

SEÑÁ SALVADORA.—¡Calla, que sale la chica!

SEÑOR LUCIO.—Disimular, que no quiero que se entere. Y vámonos por detrás de la casilla y os lo acabaré de contar. *(Vanse sigilosamente.)*

ESCENA IV

MANOLA y VISI.

VISI.—*(Que saca una silla.)* Siéntese usté aquí, madre, que pega bien el sol.

MANOLA.—*(Que tiene en la frente una pequeña cicatriz.)* Pónmela aquí, más afuera, que la pared hace resistero. *(Se sienta.)*

VISI.—¿Y cómo se encuentra usté?

MANOLA.—Bien, hija. ¿Quién no se encuentra bien con esta gloria de tarde?

VISI.—¡Qué gusto, verla a usté ya buena, con lo malita que ha estao!

MANOLA.—¿Lo sentías tú que madre estuviera enferma?

VISI.—Como que si se muere usté habíamos pensao mi hermano y yo morirnos también. ¿Qué haciamos aquí solos?

MANOLA.—Pues, gracias a Dios, toos vivimos, y sea por muchos años.

VISI.—¿Quie usté que le haga el chocolate pa merendar, madre?

MANOLA.—Bueno; pero no me lo hagas como ayer,

que pusiste en la chocolatera el chocolate antes que la leche.

VISI.—Fué un descuido; pero caa día guiso mejor, que le diga a usté la agüela; que ayer hice unas patatas con bacalao, que si no me se llega a olvidar el bacalao me salen riquísimas.

MANOLA.—Sí; pero me han dicho que pelas las patatas con una exageración, que el otro día pelaste un kilo, y con lo que quedó en el plato se puso tu hermano a jugar a las canicas.

VISI.—Yo, por no entretenerme...

MANOLA.—Pues entretente un poco, porque o te entretienes tú o no cenan.

VISI.—Pero si anoche se chuparon los dedos con los filetes rebozaos que hice... No tenían más que un defezto.

MANOLA.—¿Que te se habían olvidao los filetes?

VISI.—No, señora; el rebozo.

MANOLA.—Entonces, ¿de qué se chuparon los dedos?...

VISI.—No, que como no les había traído postre...

MANOLA.—Se agarraron a los dátiles, no digas más. ¡Ay, qué hija esta! *(La besa riendo.)*

ESCENA V

DICHAS; SEÑÁ SALVADORA, FERMINA y SEÑOR LUCIO, por el foro izquierda.

SEÑOR LUCIO.—¡Mírala: aquí la tienes!

MANOLA.—¡Tía Fermina!

TÍA FERMINA.—¡Manola! *(Se abrazan.)*

SEÑÁ SALVADORA.—A ver si no está más guapa que antes.

MANOLA.—¡Calle usté, que tengo una cara de acelga pocha...!

TÍA FERMINA.—¡Quiá, hija; pero si tienes una naturaleza que hasta las enfermedades te sientan bien!...

SEÑOR LUCIO.—No le ha quedao más que una pequeña cicatriz.

TÍA FERMINA.—Pero l'hace gracia.

SEÑÁ SALVADORA.—A mí, no.

MANOLA.—Bueno, madre; no hay que renegar. El tiempo too se lo lleva, y lo pasao, pasao.

SEÑÁ SALVADORA.—¡Pronto olvidas, hija!

MANOLA.—Lo que tengo que olvidar, sí, señora; que paece que con la salú me ha entrao un ansia de volver a mi vida y verme otra vez en mi casa con mi marido y mis hijos...

SEÑÁ SALVADORA.—*(Aparte.)* ¡Pos si tú supieras...!

MANOLA.—*(A su madre.)* ¿Qué?

SEÑÁ SALVADORA.—No, nada...

VISI.—*(Aparte, a su madre.)* ¡Lo que reniega esta agüela!...

SEÑÁ SALVADORA.—¿Qué dice esa mocosa?

VISI.—¡Nada, hija!... Que usté no deja ni respirar... ¡Jesús!...

SEÑÁ SALVADORA.—Es que yo no quiero que te lleves más desengaños de ese hombre, ¡ea!

MANOLA.—Me da el corazón que no, madre... Por poco que me quiera, ¿no l'habrá enseñao nada esta lección tan dura?...

SEÑOR LUCIO.—*(Enternecido.)* Pero ¡qué sentimental eres, hija... ¡Como tu padre! ¡Has salido a mí! Somos los otimistas del amor... Cuando queremos, no vemos nada negro.

SEÑÁ SALVADORA.—¡Pues paece mentira que tú no veas nada negro con ese bigote!...

SEÑOR LUCIO.—Pero ¡qué sátira eres!... Too lo intercambias. ¿Qué tendrá que ver el bozo con las témporas?... He dicho bozo como sustitutivo.

SEÑÁ SALVADORA.—Bueno, anda, Fermina, si quies merendar, vamos a subirnos a casa de Pepe el de la Reala, que me dijo la Trini que quería saludarte el día que vinieras.

TÍA FERMINA.—Pues vamos allá. Hasta ahora. ¿Gustáis?

SEÑOR LUCIO.—De salú sirva. *(Vanse por el foro derecha.)*

ESCENA VI

DICHOS, menos SEÑÁ SALVADORA y TÍA FERMINA.

MANOLA.—Bueno; y qué, padre, ¿ha sabido usté algo de él?...

SEÑOR LUCIO.—Mujer, noticias concretas, no.

MANOLA.—¿Qué le pasará? ¡Ocho días sin venir, sin saber nada!... ¿Estará enfermo?...

SEÑOR LUCIO.—No, hija; no te mortifiques. Esas cosas, cuando pasan, son las que primero se saben. Alguna cosa de trabajo..., carculo yo.

MANOLA.—¡Ay, estoy con una inquietú...!

SEÑOR LUCIO.—Pues no te impacientes, que ahora vendrá el Palitos, que es el que está averiguando, y te dirá...

MANOLA.—¿Ha dicho que vendría?

SEÑOR LUCIO.—A las seis. No tardará ni cinco minutos.

MANOLA.—Pues me voy camino de la Puerta del Angel, a ver si le salgo al encuentro, que él siempre viene por allí.

SEÑOR LUCIO.—¿No será mucho andar pa ti, que aún no estás fuerte?

MANOLA.—No tenga usté cuidao. *(Vase por el primer término izquierda.)*

VISI.—*(A su abuelo.)* ¡Ah, oiga usté, agüelo, que me se olvidaba!...

SEÑOR LUCIO.—¿Qué pasa?

VISI.—Unos que han venido a merendar que me han preguntao por usté.

SEÑOR LUCIO.—¿Por mí?

VISI.—Allí están, que de aquí se les ve. La que me ha preguntao por usté es una señora.

SEÑOR LUCIO.—¿Una señora? *(Aparte.)* ¡Mi madre! *(Con interés.)* Oye: ¿es una gruesa, guapa?...

VISI.—Sí, señor; mu simpática. Y s'ha empeñao en darme dos reales.

SEÑOR LUCIO.—¿No los habrás cogido?

VISI.—¡No, señor, por Dios!... ¡Paece que no me conoce usté! *(Se le caen dos o tres perras al sacar el pañuelo.)*

SEÑOR LUCIO.—*(Aparte.)* ¡Es ella!... *(Alto.)* Bueno; gracias, hija, y alcanza a tu madre y acompáñala... *(Se arregla la corbata, se estira la americano trata de señalarse con los dedos la raya del pantalón, se estira el chaleco.)*

VISI.—*(Al ver la maniobra.)* ¿Es de la familia del sastre?

SEÑOR LUCIO.—¿Qué sastre, rica?... Anda..., anda..., recoge la propina que no has tomao y vete...

VISI.—*(Aparte.)* ¿Qué le pasará? *(Vase por donde se fué su madre.)*

SEÑOR LUCIO.—*(Va a mirar por donde le indicó su nieta.)* ¡Ella es!... ¡Me dió sus señas el Palitos, y no vive en la calle de la Bola ni en el Ventorro del Chaleco!... Pero la vida tiene su lógica: vive en la calle la Redondilla. ¡Redondilla, dos, bajo!... ¡Unas señas que invitan al azote! Me presentó el Palitos, y ya la he hablao dos veces... Es decir, la he hablao..., la he tartamudeao; porque cuando me la veo delante, es que no articulo. Me dijo que vendría una tarde a merendar aquí, y lo ha cumplido. Yo debía salirle al encuentro, porque no quiero que venga, y... Pero ¡calle! ¡Ella se acerca..., y jugueteando con un botijo! ¡Qué atrevidas son!... La emoción no me... ¡Serenidá, Lucio, que estás más azarao que un chaval!...

ESCENA VII

SEÑOR LUCIO y BENITA, que sale jugueteando con un botijo vacío.

BENITA.—Buenas tardes... ¿Me haría usté el favor de...? ¡Ay, usté por aquí! ¡Qué casualidad!... Pero ¿es usté?...

SEÑOR LUCIO.—*(Emocionado.)* Sí, se... Sí, se... Sí, señora... Vamos, yo juraría que sí...

BENITA.—Pues venía por un botijito de agua... Si nos hicieran el favor, ¿sabe usté?

SEÑOR LUCIO.—Sí, se... Sí, se... Sí, señora; con mucho gus..., gus..., gus...

BENITA.—*(Acercándose y con coqueteria.)* Conque ¿tengo palabra o no tengo palabra, Lucio?

SEÑOR LUCIO.—Tiene usté palabra, y tiene usté de todo, Benita.

BENITA.—¡Ay por Dios!... ¡Cómo es usté!... *(Dándole vueltas al botijo en su coqueteo.)*

SEÑOR LUCIO.—Pues así..., que uno... ¡Pásese el botijo de mano, que me va usté a dar!

BENITA.—Oiga usté: ¿quié usté venir a tomar una tajadita con nosotros?

SEÑOR LUCIO.—¡No, por Dios! Muchismas gracias... Sería abusar...

BENITA.—O, si usté quiere, nos vamos por ese sendero..., dando un paseíto, los dos solos, y podemos charlar y... ¿Quiere usté?

SEÑOR LUCIO.—Yo, sí, señora...; pero, vamos, temo que...; porque, vamos, como uno...

BENITA.—O me dice usté aquí mismito lo que le dé la gana, ya que estamos mano a mano. ¿Hace?

SEÑOR LUCIO.—Sí; pero aquí temo que..., porque podrían... Y uno no quisiera que...

BENITA.—Pero ¿qué le pasa a usté, Lucio? Tanto afán por conocerme, según me han dicho, y ahora...

SEÑOR LUCIO.—¡No, nada, Benita! ¡No le choque a usté mi cortedá... Porque, vamos..., yo soy..., yo soy...

BENITA.—Pero ¿qué es usté?

SEÑOR LUCIO.—Yo soy primerizo, la verdá.

BENITA.—¿Cómo primerizo?

SEÑOR LUCIO.—Primerizo en estos lances...; que, vamos, que yo..., en lo que va que estoy casao...

BENITA.—*(Asombrada.)* ¿No ha engañao usté nunca a su mujer?

SEÑOR LUCIO.—No, señora; no la he engañao. ¡Pa qué la voy a usté a engañar!

BENITA.—No; si con que la hubiese usté engañao a ella, bastaba.

SEÑOR LUCIO.—Pues no, señora. Soy un ingenuo.

BENITA.—¿Y qué es, que no le han atraído a usté las mujeres?

SEÑOR LUCIO.—Sí, señora; pues ése es el caso, que en mi juventú he pertenecido a una Sociedad que se titulaba El Mujeriego Club, y que tenía por lema: «¡Viva la mujer, viva donde viva!... Pagábamos dos reales.

BENITA.—¡Caramba! ¡Muy bonito!

SEÑOR LUCIO.—Era una Sociedad de auxilios mutuos, y teníamos médico y botica para los heridos o lesionaos por padres, novios u maridos... Como sabe usté que los hay que pegan...

BENITA.—¡Hombre, qué Sociedad más bien organizada!

SEÑOR LUCIO.—¡Como que teníamos academia y todo!... Y nos mandaban a prazticar a las plataformas de los tranvías... Pero ¡yo lo hacía tan mal, que me dieron de baja!

BENITA.—¡Qué candor!... ¡Y lo confiesa!

SEÑOR LUCIO.—No he servido nunca más que para las cuatro cositas legales. Pero, en cambio, Benita, desde el día que cayó en mis manos su retrato de usté, ¡que mi vida ya no es vida! ¡Y yo que era una persona respetable por mis canas!...

BENITA.—Pero ¡si no las tiene usté!...

SEÑOR LUCIO.—Pero ¡las he tenido! Como que el día que me llueve encima, voy a pasar del negro azabache a un gris aconejao.

BENITA.—¿Es posible?

SEÑOR LUCIO.—Y, sin embargo de conocer todo esto..., siento en mi corazón un deseo, que ya no me es posible vivir sin «ti...» «¡Ti!...» Fíjese usté que he dicho «¡ti!».

BENITA.—Bueno, Lucio; pues cálma «te». Fíjese usté que he dicho «¡te!», que yo también «¡te!» quiero.

SEÑOR LUCIO.—¿De veras?

BENITA.—Sí. Pero me voy a marchar...

SEÑOR LUCIO.—¡No!

BENITA.—Sí. Mire usté, Lucio: usté es un..., ¡un buen hombre, un infeliz, que no sirve pa estas cosas!

SEÑOR LUCIO.—Pero ¿por qué?

BENITA.—¿Usté sería capaz de llevarse a una mujer y estar quince días de juerga con ella?

SEÑOR LUCIO.—Yo, como ahora no dan licencias, ¿sabe usté?...

BENITA.—¿Usté sería capaz de pedir seis pagas adelantás y gastárselas con una amiga?

SEÑOR LUCIO.—Si no me descontaran mucho...

BENITA.—¡No, no sirve usté pa esto, Lucio!

SEÑOR LUCIO.—¿Cree usté, Benita?

BENITA.—Esto pa usté sería una locura, y yo a un desgraciao no le estropeo el bien de su casa... ¡Yo creí que era usté un sujeto de otra clase!

SEÑOR LUCIO.—¡Oiga usté: que la clase no es mala del todo, Benita!

BENITA.—¡Al contrario: angelical!... ¡Por eso quiero separarme de usté en una buena amistá!

SEÑOR LUCIO.—¡No, Benita!

BENITA.—Lucio, considéreme usté como un tren de mercancías...

SEÑOR LUCIO.—No, Benita... ¡Voluminosa, sí; pero no tanto!...

BENITA.—Sí; como un tren de mercancías que llega a una estación, deja un encargo de afezto y sigue su camino...

SEÑOR LUCIO.—¿Sin decir: «Señores viajeros, al tren»?

BENITA.—¿Pa qué?... ¡Se podía usté caer del estribo!... ¡Usté no es pa viajar en los topes!... Usté es una buena persona, un desgraciao, un infeliz... ¡Ah! *(Coge el botijo.)* ¡Si yo tuviera tiempo!... Pero no está la vida pa bobadas... ¡Adiós, Lucio!... Ya ve usté: llevo un rato aquí... *(Volcando el botijo.)* ¡Y ni agua!... ¡Usté no sirve pa esto! ¡Ja, ja, ja! *(Vase riendo por el foro derecha.)*

ESCENA VIII

SEÑOR LUCIO; luego, el PALITOS, por el primer término derecha.

SEÑOR LUCIO.—¡No, no sirvo pa esto!... ¡Ni pa esto ni pa naa! Porque eso ha sido llamarme primo, panoli, memo... ¡Y se va riéndose de mí!... ¡No, no sirvo pa esto!... Y ahora mismo me destiño..., y me quito este traje, y lo quemo... *(Se va a quitar la americana.)*, y lo...

PALITOS.—*(Saliendo.)* Pero ¿qué hace usté, señor Lucio?

SEÑOR LUCIO.—*(Amargamente.* ¡Ay Palitos!... ¿Pa qué me distes sus señas?

PALITOS.—¡Toma..., porque me las pidió usté de rodillas! Pero ¿ha venido?

SEÑOR LUCIO.—S'acaba de ir.

PALITOS.—Y ¿qué tal la entrevistita? ¿Afeztuosa?

SEÑOR LUCIO.—Muy afeztuosa. ¡Me ha llamao tonto!... ¡S'ha ido muerta de risa!... ¡Y yo me voy a desnudar!

PALITOS.—*(Asustado.)* ¡Caray! Pero ¿pa qué?

SEÑOR LUCIO.—Y me voy a desteñir.

PALITOS.—Eso se lo aplaudo. No le va a usté el negro.

SEÑOR LUCIO.—Me vuelvo a mis canas, a mi traje viejo... Bueno, Palitos; y cambiando de conversación, que yo, en mi egoísmo, es que no me acuerdo de nada: ¿qué me dices de Paco?... ¿Qué noticias tienes?

PALITOS.—¡Ay señor Lucio, que traigo muy malas impresiones!

SEÑOR LUCIO.—¿Pesimistas?

PALITOS.—¡Pesimistísimas!...

SEÑOR LUCIO.—¡Rediez! Pero ese hombre...

PALITOS.—No doy con él por parte ninguna; nadie me da razón de su paradero, y ya voy sospechando...

SEÑOR LUCIO.—¿Qué?...

PALITOS.—Que o Paco se ha marchao de Madrid, o ha hecho un disparate...

SEÑOR LUCIO.—No me lo digas, Palitos, que encima de lo que yo tengo...

PALITOS.—¿Qué otra cosa quie usté que piense?... Los sitios que frecuentaba, no los frecuenta; del barrio ha desaparecido, después de levantar la casa. ¿Qué pensar? ¡A mi me tie loco!

SEÑOR LUCIO.—¡Pues menudo golpe va a ser pa mi hija, con lo delicada que está todavía!...

PALITOS.—¡Ya me lo figuro!... Pero ¡algo hay que decirla!...

SEÑOR LUCIO.—Ha ido a salirte al encuentro. ¿No la has visto?

PALITOS.—No, señor; pero calle usté, que por allí viene...

SEÑOR LUCIO.—Pues veas lo que dices, hijo; y lo que le digas, díselo con la discreción y el acierto en ti acostumbraos...

PALITOS.—Descuide usté...

SEÑOR LUCIO.—A ver cómo le das las noticias...

PALITOS.—¡Procuraré paliárselas!...

SEÑOR LUCIO.—¡Oye, tú: pa liárselas, no, por Dios!... ¡Que te conozco!

PALITOS.—Quiero decir atenuadas...

SEÑOR LUCIO.—Eso, bueno. ¡En ti confio! *(Vase a la casa.)*

ESCENA IX

El PALITOS y MANOLA, por la derecha.

MANOLA.—Pero ¿no has venido por la Puerta del Angel?

PALITOS.—Por la del Campo del Moro.

MANOLA.—Ya podía yo esperarte.

PALITOS.—Siento que te hayas dao el paseo.

MANOLA.—¡Déjate, que está una tarde tan rica!...

PALITOS.—Y ¿cómo estás?

MANOLA.—Bien; pero impaciente. Deseando que

llegaras. ¿Qué me dices, Palitos?... ¿Por que no ha vuelto Paco? ¿Qué hace? ¿Dónde está? ¿Vendrá esta tarde?... ¿Le pasa algo?...

PALITOS.—Bueno, oye: ponme en orden too eso, porque yo..., así, en barullo...

MANOLA.—¡Verás qué pronto! Dime una cosa naa más: ¿le has visto?

PALITOS.—No, Manola; no te quiero engañar.

MANOLA.—Pero ¿es que no le has buscao?

PALITOS.—Por todas partes; y, además de por todas partes, por la Guindalera, que sabes que tiene allí un tío lejano.

MANOLA.—¿Sin encontrarle?

PALITOS.—Sin dar con él.

MANOLA.—Pero ¡ocho días sin venir!... ¿Dónde se habrá metido?

PALITOS.—Yo no sé, Manola.

MANOLA.—¡Ay, que ese hombre va a acabar conmigo!

PALITOS.—Y con un servidor, que tengo los pies como dos zorros.

MANOLA.—Y ¿tú que sospechas, Palitos?

PALITOS.—Pues yo, Manola, yo no sé qué decirte, la verdá.

MANOLA.—Pero ¿algo malo?

PALITOS.—No; malo, no; pero, vamos, que ya sabes lo que te tengo dicho: que Paco, desde aquella noche desgraciá, ¡que maldita sea su recuerdo!, que es otro hombre. Los días que has estao grave, pensé que se moría. ¡Gachó, qué tío llorando! ¡Donde se paraba, hacía un charco!

MANOLA.—Pero, en cambio, cuando le dijeron que estaba fuera de peligro, ya no volvió más.

PALITOS.—No volvió; pero verás lo que hizo, que yo quiero que lo sepas todo.

MANOLA.—Sí; cuenta, dime...

PALITOS.—Pues naa, que fué una tarde y me convidó a cerveza, diciéndome que quería hablarme, y hablamos. Y va muy serio y me dijo, dice: «Palitos, he pensao en mi situación con calma y he visto que a la Manola le hace más falta que el comer un marido decente. Y como yo no lo soy, porque me he

pasao la vida haciéndola sufrir y he estao a punto de causarle la muerte, pues he carculao que ese marido que necesita no puedo ser yo; tie que ser otro.»

MANOLA.—¡Qué locura!

PALITOS.—«¿Qué te parece?», me preguntó. «¡Que admirable!—le dije—; pero que eso es dificilísimo como no te pegues un tiro en la sien!»

MANOLA.—¡Ay, calla!

PALITOS.—¡A lo del tiro no se decidió!

MANOLA.—¡Ni lo quiera Dios!

PALITOS.—Pero, osesionao con la idea, me lo dejé caviloso y mascullando esta locura: «¿Qué haria yo pa que, siendo yo, fuera otro que no fuera yo, siendo yo?» Y en esto, a los dos días me vuelve a encontrar y me dice muy contento: «Oye, Palitos: que ya tengo la solución... Que le he encontrao a la Manola el marido que nos conviene.»

MANOLA.—¿Que nos conviene?...

PALITOS.—Eso me dijo. Y yo no sé qué habrá hecho; pero hace ocho días que cerró la casa, se despidió de ella, se llevó los pocos trastos que le quedaban, y ya no he vuelto a saber de él.

MANOLA.—¡Ay Dios mío! ¿Qué atrocidá habrá hecho?

PALITOS.—¿Yo digo si le habrá trastornao el juicio el disgusto de tu enfermedá?

MANOLA.—Algo así tie que ser, ¡por fuerza!... Porque esas manias... *(Se levanta.)* ¡Ay, yo me voy a buscarlo!... ¡No sé por dónde, pero a buscarlo!

PALITOS.—Pásate primero por Ciempozuelos, a ver...

MANOLA.—Por todo el mundo, hasta que lo encuentre.

PALITOS.—Eso es fácil de decir; pero ¿adónde te encaminas, Manola?

MANOLA.—¡Qué sé yo, Palitos!... Pero ¿cómo quies que viva con esta zozobra?

ESCENA X

DICHOS y QUIQUE, por el foro derecha.

QUIQUE.—*(Azorado y fatigoso.)* ¡Madre, madre!...

MANOLA.—¡Hijo mío! ¿Qué pasa?

QUIQUE.—Que ahora, cuando yo venía de pagar el vino, que m'había mandao la agüela, me se acercó un hombre...

MANOLA.—¿Qué hombre?

QUIQUE.—No le he conocido; y m'ha preguntao si era hijo de la Manola, la hija del señor Lucio, el guarda; le he dicho que sí, y m'ha dicho: «Pues dale esta carta a tu mamá», y ha echao a correr.

MANOLA.—¡Dios mío!... ¡A ver, trae!... *(Con impaciencia y temor.)* ¡Sí, letra suya!

PALITOS.—¡Arrea!... ¿Y qué dice?

MANOLA.—*(Emocionada.)* ¡Calla, que no atino a abrirla! *(Lee.)* «Manola de mi vida...» *(Nerviosa.)* ¡Bueno, hijo; anda..., anda a buscar al agüelo! *(Vase el niño.)*

PALITOS.—Sigue, sigue...

MANOLA.—*(Leyendo.)* «Manola de mi alma: Convencido de que con mis granujadas te he hecho infeliz y que ya no podrías perdonarme, me he ido a América...» *(Aterrada y temblorosa.)* ¡Jesús! ¡Santo Dios!...

PALITOS.—¡Mi agüela!... ¡A América!

MANOLA.—Pero ¿qué ha hecho ese loco?...

PALITOS.—¿No te lo decía yo?

MANOLA.—*(Leyendo.)* «Perdóname este disgusto, que será el último que te doy; pero es que yo ya no tengo cara pa presentarme delante de ti.»

ESCENA XI

DICHOS y PACO, que sale muy compungido por detrás de la casilla, avergonzado y con los ojos en el suelo.

PACO.—¡No, no tengo cara, qué quies que te diga, Manola; no la tengo!

MANOLA.—*(Radiante de alegría.)* ¡Paco!...

PACO.—*(Con viveza.)* ¡No; yo no soy Paco!

MANOLA.—¡Ay Paco de mi alma, qué susto me has dao!

PACO.—No, Manola, no te hagas ilusiones, porque te repito que yo no soy Paco. El sinvergüenza ése está en un transatlántico, camino de Buenos Aires. ¡Yo soy otro!

PALITOS.—¿Ves?... Bueno; pues aquí te dejo con ese otro, y si no te vuelves loca, ya me contarás luego... *(Vase por el foro derecha.)*

MANOLA.—Pero ¿no comprendes que con estos sobresaltos me vas a quitar la vida?

PACO.—Pues eso es lo que yo quiero: quitarte la vida..., la vida antigua, pa darte otra mejor.

MANOLA.—¡Tú siempre el mismo, Paco!

PACO.—Mira, Manola: no insistas, que si me vuelves a llamar Paco, no contesto. Desde hoy me vas a llamar Javier.

MANOLA.—¡Siempre el mismo!

PACO.—¡No, señora; pa no ser el mismo, he cambiao hasta de nombre!... Manola, tú tenías un marido que te ha hecho desgraciá.

MANOLA.—Pues jurarlo.

PACO.—Que no sabía apreciar tu cariño, que ha estao a punto, ¡aquel miserable!, hasta de verte morir, por su culpa, a manos de una golfa... Too esto lo vió claro aquel canalla en esas noches de remordimiento, de ansiedad y de amargura que ha pasao, porque tus padres le cerraron las puertas de su casa con razón de sobra. A aquel infame yo le dije que se pegara un tiro; pero le faltó valor...:

¡es un gallina!... Yo le dije que se marchara a América, que también era otra solución...; ¡también le faltó valor!...

MANOLA.—Y, además, se marea...

PACO.—Muchísimo; pero yo, al fin, un día me puse cara a cara con él, sin más consideraciones, y, que quieras que no, le tomé un billete de tercera mejorada...

MANOLA.—¡Buen tonto!... ¡Que se hubiera ido en lo peor!

PACO.—Le di una patá en el mismo punto de embarque..., y camino de América lo tienes.

MANOLA.—¡Vaya con Dios!

PACO.—¡Qué marido tenías, Manola!

MANOLA.—¡Qué me vas a decir, Javier! ¿Y dices que ya estará...?

PACO.—Bordeando las Canarias...

MANOLA.—¡Menudo sinvergüenza me he quitao de encima..., ahora que puedo decírtelo a ti en confianza!...

PACO.—No, no te recates.

MANOLA.—Era un verdadero golfo, que abusaba de lo que yo le quería, de lo que yo le adoraba...

PACO.—¡Qué cínico!

MANOLA.—Y si vieras que hasta algunas veces he estao a punto de...

PACO.—¿De qué?

MANOLA.—De todo. Porque se merecía hasta que lo hubiera engañao.

PACO.—¡Mujer!...

MANOLA.—Tú no se lo escribas.

PACO.—No; pero, vamos...

MANOLA.—¿Es que te crees que un pillastre de esa naturaleza no se lo merecía?

PACO.—Sí; pero...

MANOLA.—Era un granuja, un desalmao, un ingrato, un traidor...

PACO.—Sí; pero, mujer, ¡por Dios!, no te ensañes con un ausente.

MANOLA.—Porque tú no has sufrido sus granujadas, que, si no, ya veríamos si hubieras tenido paciencia...

PACO.—Sí, me hago cargo. Pero, en fin, ya se ha marchao... ¡Se ha marchao y me ha dejao a mí pa que haga sus veces!

MANOLA.—*(Dudando.)* ¿A ti?... ¡Ay Javier! ¿Y tú crees que aquel hombre se habrá llevao too lo malo?

PACO.—¡Todo!

MANOLA.—¡Mira que era mucho!

PACO.—¡Se lo he metido yo en la maleta!

MANOLA.—¿Y le ha cabido en una?

PACO.—Le ha cabido, porque lo más grande que tenía... ¡Lo más grande no se lo he dejao yo llevar, Manola!... ¡Pa conservarlo siempre!

MANOLA.—¿Y qué era lo más grande?

PACO.—Pues el cariño ciego, el querer apasionao que te ha tenido, a pesar de los pesares... ¡Que cómo será de grande, Manola, que, aun en medio de tanta canallada y tanta infamia como te «he» hecho, todavía se conserva entero y limpio en mi corazón! ¡Y es que a mi corazón..., créeme, Manola, no ha llegao nunca la basura de mis vicios!

MANOLA.—*(Enternecida.)* ¡Qué alegría me da oírte, Paco!

PACO.—¡Que no me llames Paco, caray!

MANOLA.—¡Bueno, no te enfades, Javier!... Pero ¡qué Javier! ¡Paco!... ¡Paco!... ¡Sí, quiero llamarte Paco, mi Paco de siempre, de toda mi vida!... Y si has sido malo (malo, no: loco), ¡qué mayor orgullo pa mí que ver que mi cariño te ha devuelto a mis brazos libre de tus locuras!

PACO.—Y mira: ahora, pa que lo sepas, he tomao un pisito en un barrio del otro extremo de Madrid; en Vallehermoso, también castizo, pero donde no encontraré a nadie de los que he conocido. El maestro me ha prestao quinientas pesetas a descontar del trabajo de horas extraordinarias, y con eso reforzaremos el mobiliario, porque... *(Con tristeza.)*, porque no tenemos comedor.

MANOLA.—Bueno, pero lo tendremos; porque ya verás: con quince pesetas te pongo yo un comedor de estilo español.

PACO.—¿Renacimiento?

MANOLA.—No; español de ahora: cuatro sillitas, y gracias. ¡Ah, y una mesa aparador!

PACO.—¿Y cómo es eso?

MANOLA.—Un mueble que inventó mi padre. Un cajón grande, donde tienes guardaos los platos, vasos, manteles, etcétera... ¿Que no comes? Lo dejas dentro; ¿que ties que comer? Pues vuelves el cajón y lo de dentro lo pones encima, y, según los utensilios estén dentro u encima, es aparador o mesa.

PACO.—¡Oye, pero que estupendo!... Y que ese mueble tiene una ventaja...

MANOLA.—¡Que no sirve pa convidaos!

PACO.—¡Eso!... ¡Manola, eres una santa!

MANOLA.—¡Qué santa!... Una mujer que quie a un hombre. ¡Qué más santidá!

PACO.—¡Y que hasta ha derramao su sangre por él...

MANOLA.—¡Mejor!... ¡Porque de todo aquello no me ha quedao más que esta cicatriz. ¡Mírala! ¡Pero me alegro!..., porque ella te recordará siempre tu deber y tu obligación, y que tus locuras han puesto en peligro hasta mi vida.

PACO.—Sí, Manola; esa cicatriz será la estrellita blanca que desde tu frente, llena de pensamientos buenos, me guiará en el camino de este amor, ya sólo para ti...

MANOLA.—¿Sólo para mí?

PACO.—¡Sólo para ti!

MANOLA.—¿Para siempre?

PACO.—¡Hasta la eternidá!... Y esto, ni te lo juro, ni te lo lloro; porque ahora quiero que me creas.

MANOLA.—¿Y esa lagrimita, Paco?

PACO.—En ésta pues creer. Es una sola, que se escapa de mis ojos sin que yo quiera.

MANOLA.—Pues éstas que se escapan del alma, sin que queramos, son las que dicen la verdá, porque nos la dicen callandito, a nosotros solos... Ahora te creo, Paco, ahora te creo... ¡Pero, calla!...

PACO.—¿Qué es?

MANOLA.—Que viene la Patro.

PACO.—¡Que venga!

MANOLA.—La chica del guarda mayor. ¡Mira qué guapa!...

PACO.—¡No quiero!

MANOLA.—¡Era una broma, a ver lo que hacías!

PACO.—Pues ya lo has visto. ¡Ni volverme! ¡Pero si voy a ir por las calle con orejeras, como las caballerías, pa no mirar a ninguna!

MANOLA.—De modo que de aquel golfo que está en camino...

PACO.—Ni acordarme. He encargao que lo tiren al mar... No te digo más.

MANOLA.—Bien hecho... ¡Ja, ja, ja!...

PACO.—Pero ¿de qué te ríes?

MANOLA.—No, si no me río. ¡Es que no sé si llamarte Javier o Paco!

PACO.—¡Lo que quieras!

MANOLA.—¡Paco siempre!

PACO.—¡Lo que si quisiera es que nos fuéramos hoy mismo a nuestra casita, Manola...!

MANOLA.—Pero ¿sin preparar a mis padres?

PACO.—¡Ya le he dicho al Palitos que se lo diga!... ¡Quiero que sea hoy domingo!... ¡Pa poderle llamar a este día «Domingo de Resurrección»!

MANOLA.—Pues como quieras. ¡Yo pronto bajo el lío!

PACO.—¡No!... Lagarto, lagarto. Nada de lios. ¡Un maletín o llevar la ropa a mano!

ESCENA XII

DICHOS, SEÑÁ SALVADORA, TÍA FERMINA, VISI, SEÑOR LUCIO, el PALITOS y QUIQUE, que salen por el foro derecha.

SEÑÁ SALVADORA.—Ya nos ha dicho el Palitos...

MANOLA.—Sí, madre; queremos irnos esta misma tarde. ¡Quiero ver mi casita nueva!

PACO.—¡Y su marido nuevo!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Pues hija, andar con Dios!... ¡Que seáis felices, y tú, Paco, si pues ser mejor, no perderías naa!

PACO.—No tenga usté cuidao, que no lo pierdo. Lo que tengo es un tesoro, y cuando se tiene un tesoro, por muy ciego que este uno, algún dia lo ve. Señor Lucio, un abrazo.

SEÑOR LUCIO.—*(Le abraza.)* ¡Haz lo que quieras en lo sucesivo, Paco; pero si te dan fotografías, no me las enseñes, por la salú de tu madre!

PACO.—¡Eso s'acabao!

SEÑOR LUCIO.—¡S'ha acabao pa ti..., pero a mí m'has dejao el rescoldo!... ¡La amplío, la ilumino y encima me llama primo!

PACO.—¡Pero primo iluminao, que siempre es un consuelo!

QUIQUE.—¿Y qué? ¿Nos vamos, madre?

MANOLA.—¡Sí, hijo mío!...

QUIQUE.—¿Y por qué llora usté?...

MANOLA.—¡Ahora de alegría!

VISI.—Ya era hora. ¡Y a ver si tenemos formalidá, que en casa las únicas personas serias somos las mujeres!... ¡Caray!

QUIQUE.—¿Seria?... ¡Y aún no me has dao los veinticinco céntimos de la propina!...

PACO.—¡La dejamos con la agüela!

VISI.—¡Y un jamón!

MANOLA.—¡No, ella conmigo!... ¡Que así, si no eres bueno, seremos dos a arañarte!... ¡Adiós padres!... ¡Tía Fermina, adiós!

SEÑÁ SALVADORA.—¡Adiós, hijos míos!... *(Se van por lo alto del cerro, volviéndose a saludar a los que quedan; suena una guitarra. Canta un muchacho una copla):*

¡Ya se acabaron los celos
que tanto te atormentaban:
se unieron los corazones
como antiguamente estaban! *(Telón.)*

FIN DE
«LAS DICHOSAS FALDAS»